

HISTORIA DE NAVETE Y ZORTON, GAMBERRAZOS

Capítulo Primero. Navete va a visitar a su amigo Zorton

Las últimas noticias apuntaban, por supuesto, a que aún lo seguían buscando. Pero verlo esa misma mañana, subido en una *puch minicross*, con su inconfundible melena negra estilo *Jerónimo*, deteniéndose frente a la ventana de su despacho, sonriendo como en los viejos tiempos, era algo que Zorton nunca pudo imaginar.

Desmontaba de la moto conservando el viejo estilo de pata fina embutida en un jeans prieto, sólo que ahora endurecía con cuero unas piernas más robustas, y el resultado era que parecía igual de peligroso que antes pero más solemne e impresionante.

Lo primero que hizo fue el tradicional saludo entre camaradas. Simuló que se bajaba una y otra vez los calzones como si fuera a hacer caca, sacando un culo respingón, con su habitual perfección exagerada y divertida. Lo más gracioso es que nunca le importó que lo vieran haciéndolo. El objetivo era arrancar unas risas a Zorton, que aunque era más discreto en la ejecución de la broma que Navete, hubo un tiempo en que también disfrutaba realizándola para arrancar unas risas a su amigo.

Navete sacó del bolsillo interior de su chupa negra de cuero una petaca plateada y echó un trago con sincera expresión de duro del lejano oeste. A todo esto, la portera del edificio estaba pasmada mirando a Navete. Éste se acercó a ella y le dijo algo al oído. Zorton salió del despacho preocupado de que Navete hiciera una de sus habituales gamberradas. Cuando llegó al portal, Navete y la portera se estaban metiendo en el hueco oscuro de detrás del portón de la entrada.

- ¿Qué ocurre aquí? – dijo Zorton.

La portera miró a Zorton con extrañeza. A su lado, Navete, se miraba con meticulosidad las uñas de una mano.

- Le estaba enseñando a este señor el cierre del portón... Es el cerrajero.

Zorton flotó por un instante en una abrupta confusión.

- ¡Claro!, ¡claro! – contestó, convencido de que no podía decir otra cosa. Pensó que tal vez no fuera buena idea actuar como si conociera a Navete, aunque, lo mismo iba a dar, porque después, de todas formas, lo iba a saber la portera...
- ¡Qué pasa Zorton!. ¿Te has cambiado hoy las braguitas, tío?

La portera se echó a reír. Miraba con gesto de admiración a Navete. Después miró a Zorton sin ocultar la sensación de encanto que le había producido Navete, y aguardó con las cejas elevadas y una deliciosa expresión de premura la contestación de Zorton.

- ¿Qué tal, Navete?. – Zorton miró a la portera sin saber que decirle – Este señor y yo somos viejos amigos, Clara.
- Así que te llamas Clara, ¡humm!. – dijo Navete, abriendo las fosas nasales a tope y entornando los ojos con una deliberada expresión grotesca que incrementaba sin embargo su atractivo. - ¡Qué calladito te lo tenías, pillín!- le dijo a Zorton dándole una sonoras guantaditas en el careto.
- No... - contesto ella, azorada y vacilando –Yo... estoy libre, señor... –
- Navete, querida; para ti, Navete, a secas – se pasó el pulgar por los labios y le guiñó con grave y seductora lentitud. - ¿Notas la humedad, nena; la notas?
- ...¿Y cómo que ahora eres cerrajero, tío? – dijo Zorton con resolución, como si de pronto hubiera recordado la forma en que tenía que tratar a su problemático amigo. Zorton tomó del brazo a Navete y lo invitó a salir con él a la acera.
- ¿Te gustaría dar una vuelta en mi moto, nena? – le dijo Navete a Clara, que ante la indirecta de Zorton, se había quedado esperando en el interior del portal.
- Es una moto un poco cutre, Navete – dijo ella, mirando su reló de pulsera, con desdeñoso mohín.

Esa respuesta no le gustó a Navete.

- Un día de estos te daré una vuelta... Ya verás que sorpresa te llevas... - le dijo, dándole la espalda y aproximándose con su amigo hasta la Duch minicross. Zorton vio cómo el rostro de Navete adquiría de súbito una expresión grave. Entonces éste le dijo: - ¿Qué tal te va la vida, socio?. Zorton sabía que le hablaba en serio. Sabía que su amigo le quería a su manera, pero que no podía (ni tenía la menor intención de hacerlo) dejar de ser un gamberrazo.
- Ya ves... - contestó Zorton con timidez.

- ¡No me digas que vas a darle pataditas a una chinita disimulando para marcharte sin que se note que te has pegado un pedo...!.

Zorton se echó a reír. Navete lo imitó. Zorton sabía que su amigo tenía razón. Siempre trataba de escabullirse. De hecho, hiciera lo que hiciera, siempre veía enemigos y dificultades por todas partes. Navete le daba seguridad. Aunque tuviera más problemas que nadie, él, Navete, mejor que nadie, sabía quién era él mismo, Navete, en todo momento. Además, también sabía quién era Zorton; y lo animaba a retomar sus hábitos de gamberro diciéndole: “tienes que hacer otra vez el caballito, Zorti...”

- ¿Qué es eso de que eres cerrajero? – preguntó Zorton sintiéndose de pronto muy animado.
- Niño, te he dicho ya que..., a nada ni a nadie, niño, le importa... - Ahora imitaba al padre de Zorton, hombre de negocios, serio y tranquilo, que tenía una guasa considerable. (Navete sabía, sin duda, cómo hacer reír a su amigo).
- El tiempo pasa, Navete; y me ha llegado también, a mí, un peso de forro de huevos, como a mi padre, hasta las rodillas... - Los dos amigos reían. Zorton empezaba a encontrarse muy bien. Su imaginación se disparaba con el estímulo del humor propuesto por su amigo. - ¿Te acuerdas aquel día que le sujetaste la escalera a mi padre y se le salieron los huevos por las calzonas y te los puso cerquita de las orejas sin que tú te percataras como una guarrona...?-

Navete reía de lo lindo. Sacó un moco de su nariz, hizo una pelotilla, y se la tiró a un tipo que pasaba vestido de chaqueta. La bolita le golpeó en el cuello al tipo, que se dio media vuelta, palpándose con la mano el cogote. Los dedos del tipo encontraron la pelotilla. Navete mostraba una expresión demasiado tranquila y descarada como para no levantar sospechas. En contrapartida, Zorton, que no estaba ya tan acostumbrado a estas gamberradas, no conseguía disimular como antes. El hombre avanzó hasta ellos con decidido ánimo intimidador.

- ¡Que malaje tienes, hijo mío! – El tipo iba a arrearle un bofetón a Navete, pero éste lo esquivó con rapidez y le refregó la cara al tipo por un charco que había allí lleno de aceite de motor. Estuvo unos segundos así, como asegurándose de que bebía, con la cara manchada en la oscura suciedad de la grasa de motor; y Navete, como siempre, realizaba la operación con impecable efectividad, discreción y rapidez.

Lo ejecutó bien, digo, mirando como una pantera de un lado a otro, mientras sujetaba a su presa, en mitad de un rebaño de gente que pastaba su acostumbrada indiferencia por las aceras repletas.

Tomó enseguida al tipo del cabello, e inerte, lo puso en la minicross, mientras Zorton, aterrado, se hacía el sueco.

- Está privado, Zorti. Voy a llevarlo a darle un rule. – El rostro de Navete parecía el de un payaso enloquecido.
- No lo hagas, Navete.
- Mira a tu alrededor, Zorti – le contestó sonriendo. A nadie le importa este tipo. No es que no lo vean: es que no quieren verlo. Sólo ven vulgaridad. Les falta un toque urgente de creatividad burlesca, amigo. Ya sabes que no voy a hacerle daño. – Navete sujetaba al tipo, que tenía el rostro ennegrecido por el frote lúdico en el charco y desmayado sobre su camisa pastel y su corbata azul marino.

A todo esto, Clara, la portera, lo había visto todo, y no salía de su asombro. Estaba como petrificada, pero, un instante después, reaccionó comprendiendo que tenía que avisar a alguien, a la policía, a alguien... Navete se percató entonces de su intención y arrancando la moto, se detuvo acelerando a tope junto a la mujer, sujetando mientras tanto con una fuerza que parecía sobrehumana al tipo de chaqueta que parecía un monigote grotesco sobre la moto.

- Esta noche, tú y yo, nena, jugaremos al trenecito. ¿Sabes jugar? – preguntó acelerando mientras miraba alrededor con aguda intensidad felina. Un espontáneo solidario saltó entonces sobre Navete, pero éste le detuvo el puño que enviaba y le obligó a hincarse de rodillas, y, sin soltar al monigote, puso al espontáneo de cara a su tubo de escape obligándole a aspirar algo de carburante quemado. – Creo que está algo mal carburada, verdad Zorti? – le dijo a su amigo. Éste, por su parte, comprendió que alguien podría, con todo sentido relacionarle, como si fuera una especie de cómplice, con aquellos actos salvajes; pero entonces se encontró con los ojos duros de Navete y sin saber por qué, de nuevo pareció darle una especie de oscura razón a su actitud gamberresca frente a la anodina existencia de la indiferente masa.

Finalmente, salió más humo negro de la cuenta, debido a que Navete no dejaba de darle puño a la minicross, así que éste soltó al afectado y se marchó de allí haciendo el caballito con el monigote sujetado detrás. No sin

antes acariciar el cuello de Clara, la portera, preguntándole de nuevo si notaba la humedad.

Capítulo segundo. La soledad de Zorton

Zorton ya conocía al inspector Pómez. Pómez llevaba décadas siguiendo el rastro de Navete. Es cierto que en una ocasión estuvo muy cerca de atraparlo. Fue en un seminario de automóviles por Sierramorena. Navete, haciendo gala una vez más de su infatigable genialidad para el pillaje, logró infiltrarse en un grupo de vendedores de automóviles que aquella mañana iban a probar los coches por una comarcal de la sierra. El caso es que Navete, una vez en el interior de un ford focus de prueba, comenzó a gastar bromas a sus compañeros sobre lo que pasaría si, bajando la ventanilla y avisando a los compañeros del seminario, que estaban dentro de numerosos vehículos en una explanada cerca de un barranco, les dijera a voz en grito: “¡Eh, amigos, gracias por venir a este seminario, nosotros, los de este coche, nos tenemos que ir...!. ¡Hasta luego!” Momento en el cual, introduciendo con violencia la marcha atrás al coche, se precipitaría con su grupo, ante el espanto de sus compañeros, por el barranco de enorme altura que estaba a la espalda de su posición, haciéndose con el coche añicos. Esta situación terrible causaba sin embargo algo así como un “aflojamiento de calzones” en sus compañeros de grupo, provocándoles una risa incontenible que amenizaba muy mucho el rollazo de probar cochecitos en fila por la sierra.

Refiero esta anécdota porque servirá para explicar de qué manera se zafó Navete del inspector Pómez durante la noche que, después de las aburridas pruebas automovilísticas, se servía una cena en el hotel donde se impartía el seminario.

Allí, Navete, sentado con su grupo, estaba llamando mucho la atención con sus relatos grotescos. Ya le había echado el ojo a una monitora madrileña de inquietante atractivo que, de pronto, había pedido permiso para sentarse con Navete y su grupo a su mesa.

- Oye, ¿y por qué os reís tanto vosotros? – preguntó disimulando que no sabía que era Navete el que provocaba la nota de humor. Los del grupo miraron a Navete y estallaron en carcajadas, como si de pronto se hubieran dado cuenta de que las historias referidas por Navete

serían demasiado burdas y desagradables para una joven de hermosura tan delicada.

- No hagas caso – dijo Navete con mirada que conseguía parecer aterciopelada y dulce sobre su rostro burlón.
- ¿Eres actor, verdad? – dijo ella, con ojos llenos de fuego expectante.
- ¿Qué otra cosa requiere esta película?

Los hombres estallaron a reír.

- Sobre todo una película triste, de despedida... ¡desde un barranco!- dijo otro, los ojos arrasados en lágrimas. Navete, mientras tanto, miraba a la mujer con una intensidad desnudante.
- ¿Podéis contármela, por favor? – preguntó ella sin apartar los ojos de Navete. Los demás empezaban a hacer burla del evidente coqueteo que se insinuaba entre la mujer y Navete.
- Eso hay que vivirlo.- Respondió con elegante y mesurada seriedad, Navete. Pero su semblante no perdía un brillo de travesura que a la mujer, sin advertir sus múltiples riesgos implícitos, le subyugaba de manera creciente e imparable.

En ese instante apareció Pómez por la puerta del salón comedor acompañado de dos policías uniformados. Por suerte, uno de los organizadores del seminario se acercó hasta el inspector seguido de otros responsables, ocultando a Navete, por un momento, de la vista de los policías.

- Ven y te lo mostraré – dijo Navete poniéndose de pie y extendiendo la mano a la mujer en actitud de invitación. Ella no dudo. Parecía como si Navete la pudiera poner al alcance por fin de algo que no se atrevía ni siquiera a desear.

De camino por el pasillo, Navete observó la formidable proximidad del cabello lustroso de la mujer, que lucía un sencillo peinado que hacía descansar una melena suave y ondulada sobre unos hombros que sugerían algo más dulce que el azúcar.

- Tus hombros están nevados de plenitud azucarada, querida – le dijo Navete con la cara de un tierno leoncito de peluche de feria.
- Así que también eres poeta. Apuesto a que ni siquiera te llamas Fernando.

Él aproximó sus labios hasta el cuello excitado de la joven y susurró:

- Mi nombre es Navete.
- ¿Navete? – dijo ella con una felicidad repentina. Sus ojos resplandecían de sentido del humor y sagacidad. Parecía del todo enamorada.
- Y tú te llamas, Teresa. Como las queridas rimas de mi maestro plateresco.
- ¿Cómo lo sabes? – dijo ella, ebria de deseo.
- Sé algunas cosas. Me gusta observar. Te veo y al verte quiero enseñarte a jugar al trencito.
- ¿Al trencito?... ¿Cómo se juega a eso? – inquirió, melosa, apoyando su cabeza en el pecho de Navete.
- Yo soy el maquinista y hay que realizar los enganches, todo de rodillas, yo delante, y tú, asida de mi enganche, puedes conducir el trencito, tripulando mi manivela, desde atrás...
- Eres un hombre muy tierno que huye de algo. Lo veo en tu mirada.

Lo cierto es que Navete jamás olvidaría esas palabras certeras ni a la mujer admirable que las pronunció. Pero debido a su condición de hombre perseguido por la justicia, de momento, vivían desde entonces sin saber nada el uno del otro... Aunque era posible, sin embargo, aventurar que Navete lograba reunirse con Teresa en un lugar secreto creado por el increíble gamberrazo que también era poeta.

Sucedió –regresando al término del relato – que irrumpió de nuevo el inspector Pómez en el pasillo en que se encontraba Navete con la dama. Al otro lado del pasillo, para colmo, aparecieron otros agentes de paisano, con lo que Teresa acabó de confirmar su intuitiva sospecha.

- Bien, Teresa, parece – dijo con pasmosa calma, Navete – que no me queda más remedio que escapar por aquí.
- Está muy alto, amor mío – dijo ella comprobando la altura de tres pisos desde la ventana del pasillo.
- Qué pechos tienes, Teresa, que no oso palpar...
- Gamberrazo mío. Lo tienes todo pensado, verdad.
- Hasta la vista, nena... – Navete saltó cuando el inspector había rozado la manga de su camisa. Sin poder dar crédito a sus ojos éste vio cómo Navete caía con la elegancia de un gorila sobre el coche de policía y luego subía a él y se marchaba conduciéndolo con la sirena puesta.

Zorton había contestado con sinceridad cada pregunta del inspector Pómez sobre el incidente de aquella mañana. Ahora estaba en casa, sumido en una extraña sensación de tristeza que no había experimentado antes. En efecto, qué había hecho él con su vida; no se reconocía; había perdido la frescura creativa de aquellos años de amistad con Navete. Éste le animó a que escribiera una obra empleándolos a ellos mismos como personajes, convencido de que sería un éxito; pero Zorton quería antes que nada ser un purista literario y rechazaba siempre la sugerencia de su amigo, aunque algunas veces, por complacer a Navete, había escrito una obrita teatral en que habían disfrutado de lo lindo reproduciendo sus propias travesuras en compañía de otros amigos como improvisados actores. Pero todo había resultado un fracaso, como su vida, una tecla por pulsar, una cuerda, que no es que estuviera desafinada, no, es que no tenía resonancia alguna en ningún sitio. Las editoriales no aceptaban siquiera manuscritos en la época de mejor acomodo tecnológico con Internet. Lo cual era una paradoja desoladora que acababa del todo con la última brizna de ilusión creativa. Con Navete, adalid supremo del absurdo, había sin embargo algo antiguo e imperturbable que rescatar. Al fin y al cabo, era su vida, la de Zorton, y, no sabía muy bien cómo, sus experiencias le habían conducido a considerarla lo único verdaderamente valioso.

Con la noche por delante, en su despacho particular, tras el interrogatorio de Pómez, Zorton busco alivio a su cansancio en algún lugar de su habitación y topó con el retrato de Navete, en una fotografía tomada nada menos que quince años atrás. En ella se veía el bosque de eucaliptos al que los amigos solían ir las más de las noches a espiar a una señora de muy buen ver que tenía la gentileza – Zorton nunca averiguó cómo lo logró Navete – de quitarse la ropa frente a ellos en la ventana de su dormitorio, de suerte que nadie excepto los jóvenes ocultos en el bosque podía verla. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Con qué inocente efectividad salía bien cualquier plan que su amigo tramaba, y que ahora, desde la madurez plena, resultaba nada menos que un delito, circunstancia que había venido incrementando la cobardía de Zorton ante cualquier propuesta inocente de su amigo – si es había alguna que lo fuera -.

En dicha foto el rostro de Navete aparecía triunfante, de un vigor descarado, con una boca desmesurada, poblada de retorcidas pelusas que recordaban la barba desmochada de Scooby doo. Y junto a él – tras dejar la cámara preparada en un soporte de la valla de piedra que rodeaba la espesura eucaliptal -, estaba él, Zorton, con su cara de conejo huido sin poder evitar una raspadura a cada lado de un rostro zafio de juventud

también descarada e insoportable. En aquel momento, así lo podía recordar ahora, al cabo de quince años, sin reprimir una sonora carcajada que se tragó la adusta habitación sombría en que solía ponerse a escribir poemas taciturnos, cada uno de ellos perdió en una ocasión el equilibrio sentados en la estrecha valla de piedra, sin que quedara más remedio que asirse al paquete del otro para no caer de espaldas. ¡Cómo reían aquel día con esta azarosa circunstancia genital!

Zorton vivía solo. Estaba enamorado, pero de una forma desesperanzada, digamos que de una imagen de imágenes de una chica que vio una noche paseando por el parque Poe. Ella iba huyendo de alguien y él se ocultó para ver si no se metía sin querer en un lío, cosa que siempre le había obsesionado hasta la angustia. Sin embargo le atormentaba más allá de toda comprensión porque era una persona sumamente religiosa que deseaba comprometerse ayudando a las personas en sociedad cuando lo necesitasen. La chica – siempre lo recordaría – llevaba un vestido amarillo de tirantas – era verano – y sus hombros resplandecían bajo la noche como la piel dorada de los hermanos africanos. A pesar de la distancia con respecto a ella, enseguida acarició el aroma de su desesperado aliento, algo así como a rosa y muslo, con el olor a lazada en un cabello relumbrante. Tras de ella iba su abuela, con un bocadillo en alto, al parecer, exigiendo a la muchacha que se lo comiese. Zorton sucumbió a la llaneza bárbara de la muchacha y por unos instantes vagó con su fantasía por una adorable geografía de patios de vecinas con muchachas rústicas de cabal elegancia reposada. Cerró el paso a la muchacha facilitando la captura a la abuela, desdentada, conocedora aguda de cosas del amor, y la muchacha, que no se lo tomó muy bien, abofeteó a Zorton, dio un bocado al bocadillo y se marchó otra vez corriendo. Los ojos mismos de la abuela, de puro intensos, parecían embutidos en una fiereza innoble de rata:

- Ten más huevos; búscala.
- Pero ¿dónde? – respondió Zorton, desconsolado.

Pero la abuela regresó a su comprometida tarea de perseguir a su desnutrida nieta bocata en mano, como si la breve interlocución mantenida con Zorton hubiera sido algo así como uno de esos comentarios ex profeso del conejo de la suerte cuando le apetece detener la acción perseguido por una jauría de perros recibiendo disparos del célebre cazador calvo y tontorrón.

Y así se sentía él, como un tontorrón; con un montón de estrellas en la mano que, en su rapto apasionado por causa de la joven del bocata, había alcanzado para dárselas a ella y ahora no eras más que polvo derrotado que se desparramaba por sus crispados dedos. “...mas polvo enamorado”,

evocó él, hundido en la soledad balsámica y oscura de su despacho ordenado, signo de la carestía de inspiración artística en que había caído.

Así, con estos pensamientos lúgubres y el recuerdo melancólico y alegre de las vivencias con Navete, Zorton se quedó dormido, no sin antes encomendarse a la señora de sus pensamientos.

Capítulo tercero: Don Plastencio, confidente del inspector Pómez

Por otra parte, en algún lugar, merece la pena destacarle al lector que, en el gracioso episodio de la visita de Navete a Zorton en su lugar de trabajo, alguien, cuya extraordinaria personalidad iremos descubriendo en esta historia, estaba al tanto de estos fabulosos desmanes formulados por Navete.

Nuestro hombre era alguien distinguido, con una formación intelectual sobresaliente, que acreditaba con el título de catedrático de universidad en la especialidad de Humanidades. Tenía no mucha estatura, pero mostraba un semblante riguroso y severo que marcaba con oscuro acento un mostacho de ébano. Las manos merecen descripción detallada por la magnanimidad del tamaño: en individuo tan pequeño, le daban al tipo un aire simpático y ágil de Mickey Mouse resolutivo. Entre ellas, como manoplas ajadas por la pulcritud, las pulidas palmas sostenían libros que, sin menoscabar la intensidad de su lectura, se posaban como pajarillos inquietos para marcharse en seguida a los copudos estantes de la honorable biblioteca que se erguía como un mausoleo en la luminosa habitación. Esto da idea de la rapidez de asimilación de ingenio del hombrecillo: iba, en una palabra, como los jilgueros por los parques y jardines, picando aquí una mosca en un espino, como de pronto chapuzando su vistoso plumaje policromo en una fuente, leyendo como en variedad y colores, a tenor y demanda de su hambriento intelecto.

Se llamaba Don Plastencio y ya estaba jubilado. Su mujer era una señora enérgica, aunque de modales irreprochables, que adoraba jugar a golf. Después dos hijos, uno varón, que le habían dado hasta seis nietos al hombre, que se desvivía por mostrar su indudable bondad humana para con ellos.

El caso es que Don Plastencio, como se ha referido, presencié el incidente ocasionado por Navete en la popular Avenida de las Secuoyas, donde tenía Zorton, su amigo, el lugar de trabajo. Indignado y tembloroso de ira, don

Plastencio, desde la ventana de su estudio telefoneó a la policía para informar de los desagradables sucesos que estaba presenciando.

- Pues usted verá, señorita... No le voy a decir yo a usted, oiga, qué se debe hacer en estos casos... Ya le digo de entrada que me comprometo de forma absoluta a denunciar a ese indeseable... Figúrese: es como si a usted o a mí, así, por las buenas, le atrapa un tipo por la calle y, golpeándole con saña, le introduce a usted los gases que expelle su motocicleta... Gases que, imagínese a qué temperatura deben de estar...; vamos que, a ese pobre hombre, que ha quedado en el suelo tirado, esto le debe de haber causado, cuando menos, quemaduras considerables... ¿Cómo?. Por supuesto que estoy dispuesto a hablar con ese señor inspector que usted me dice, eso es, el señor Pómez, o con quien sea, con tal de encontrar una solución a esta salvajada indescriptible.

Y Pómez se presentó en el despacho de don Plastencio. Este le estrechó la mano con reverencia urgente y con expresión algo maravillada en el semblante, comenzó a negar con la cabeza antes, incluso, de que el inspector abriera la boca.

- Bueno; pues con razón de más... Usted me dice, señor Pómez, que el tal sujeto es un convicto al que apodan Navete, que es un mote, dicho sea de paso, que describe al detalle con qué tipo de indeseable perturbado esquizofrénico nos enfrentamos, pues razón de más para fortalecer los medios necesarios para atraparlo aunque precise una unidad de helicópteros o, vaya usted a saber, de perros policías, que previamente hayan olfateado, en el lugar del suceso, el asqueroso sudor de ese repugnante delincuente.

Pómez comprendió enseguida – y así se lo habían advertido antes ciertos informes – que la personalidad y carácter de don Plastencio le parecerían tan abrumadoras que, a no indicarle que mantuviera calma, era sencillo dejarse arrastrar por sus elocuentes ideas y observaciones.

- Me sorprende su sagacidad, don Plastencio; y le agradezco el apoyo que me brinda, y que estoy del todo decidido a aceptar... ¡No podemos, en nuestra responsabilidad ciudadana como agentes del orden desestimar la ayuda de un prócer como usted en un caso, si me permite la expresión, tan jodido.

Don Plastencio seguía negando con la cabeza, las manos metidas en los bolsillos de una elegante levita azul marino que el catedrático usaba para

andar por casa. Pómez fisgaba de cuando en cuando las paredes de la habitación para confirmar con esperada satisfacción que era el nombre de Don Plastencio, en efecto, el que aparecía en los numerosos títulos y distinciones que la abarrotaban.

- Sí... es lo que usted dice – respondió Don Plastencio. En ese momento sonó una llamada en el teléfono móvil del provector de bigote impecable. – Sí, dime – discúlpeme, inspector; es mi mujer (dijo en voz baja) – Pues ahora mismo, no va a poder ser... Porque.. por un accidente visual o perceptivo he presenciado un acto deplorable de violencia, que he tenido que denunciar, y resulta – ya le lo contaré luego – que me he tenido que entrevistar con el amable inspector de policía, señor Pómez, con el que ahora mismo estoy departiendo sobre el asunto... Mira... ¡que saque el perro periquito el de los palotes...! En este momento, tenemos que prescindir de ese tipo de actividades consuetudinarias... Bueno, vale; si te vas a poner así... ¿Oye?, ¿Oye? – Pero su mujer le había colgado.
- Discúlpeme, Don Plastencio... Si quiere, podemos reunirnos mañana por la mañana en mi despacho en la comisaría...
- No... Déjelo... Si no le importa, preferiría recibirlo aquí o en mi casa, con mi mujer, a ver si así comprende que debo comprometerme con algo más importante que sacarle al perrito...

Los hombres rieron.

- También yo sufro de esos frívolos apetitos femeniles, don Plastencio, digo don Plastencio...
- Fíjese que yo no le estorbo para nada a mi mujer, pero, a veces, - permítame la confianza – me da la impresión de que mi presencia bajo el mismo techo le molesta... ¡Apúntelo en su cartera, joven!... no sea que estemos ante una pista de un futuro crimen... - bromeó de nuevo don Plastencio, acompañando, - la mano encima del hombro del inspector, - a Pómez a la puerta del despacho.
- En tal caso, también yo tendría que temer por mi vida... - Dijo en tono de chanza un poco peliculera el inspector.
- Adiós, inspector; espero su llamada.
- Hasta la vista Don Plastencio.
- Don Plastencio, joven... es don Plastencio.

En casa de don Plastencio, pues, al día siguiente, previa cita telefónica, aguardó con excitado interés el inspector Pómez, las sugerencias de Don Plastencio para fortalecer la estrategia a seguir para atrapar a Navete. Eso sí, ahí no pudo faltar la mujer del catedrático, que con paciencia, diríase,

que escultórica, y no menos solemne, escuchaba en silencio el análisis psicológico que su marido realizaba del gamberrazo.

- Así que dice usted, inspector – dijo doña Casta sirviéndole un poco más de café a Pómez – que ya ha interrogado a su amigo, ese tal Zorton, que es quien, a mi modo de ver, debe conocer el paradero de ese forajido...
- Cualquiera lo pensaría, señora. Pero Navete... no es tan tonto. Él aparece, así, de súbito, como el otro día, dando la impresión de actuar como un perturbado, pero - ¡entiéndanme! – este hombre... no está loco. Sabemos que ese tipo al que secuestró en su moto, no era, ni mucho menos, un desconocido para él... ¡qué va!. Se trata de un antiguo colaborador nuestro cuyo nombre no es necesario revelar... Y claro: aquí hay algo que nos llama mucho la atención hasta el punto de preguntarnos: ¿fue un encuentro casual o estaba todo planeado por Navete, incluyendo la visita a su amigo?

Don Plastencio estaba digiriendo con discreta estupefacción las divagaciones innecesarias vertidas por el inspector, pero acordándose de que era del todo lógico añadir un desastre más a los cargos relevantes de gobierno en el país, con los cuales se sentía profundamente decepcionado, sintió por un momento – y a medida que iba conociendo más detalles de su personalidad - una especie de simpatía natural por Navete.

- Navete – dijo el catedrático agitando las manos en el vacío, moldeando sus ideas – es un delincuente, y como tal, con independencia de por qué o porqué no estuvo allí..., en el momento en que paso su informador... Por cierto – dijo el anciano mostrando de pronto un ceño justiciero – espero que nuestros encuentros no trasciendan hasta el punto... ya me entiende... ¡Tengo nietos!
- ¡Descuide, don Plastencio, descuide!...
- ¡Pues a lo mejor nos tenemos que mudar oye, - le dijo a su mujer soltando unos humillos de enfado – No había pensado yo en eso...
- Ya está diciendo este señor, papá, que no lo va a saber Navete, verdad señor Pómez?.
- Con toda seguridad. El caso del tipo secuestrado es muy distinto al de ustedes. A él le asignamos una misión complicada que requería que Navete tratara con él, que se hiciera de su confianza... Eso ocurrió en Mallorca, y hace ya mucho tiempo.
- En cualquier caso – repuso Don Plastencio, le reitero, inspector, mi advertencia firme de guardar con todo celo nuestro anonimato en este asunto... Comprenda usted que a mi edad y en mi condición sería, además de peligroso, especialmente difamante que ese

personaje, que dicho sea de paso: empieza a tomar ante mis ojos una discreta importancia como autor intelectual, me arrastrara con su motocicleta por las calles en presencia de mis nietos...

- Ya le digo a usted, Don Plastancio, que eso es del todo imposible...
- ¡Plastencio, joven! ¡Plastencio!

Capítulo quinto: Zorton va a visitar a su padre, Don Tirante.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Zorton fue a ver a su padre. Como siempre, cual si de una maldición se tratara, los ruidos de los escapes de las motos impedían que padre e hijo pudieran mantener una charla inteligible. Estaban en la esquina de la calle donde el padre de Zorton, don Tirante, estaba construyendo un bloque de viviendas. Ahora bien, si trataban de reanudar su conversación en un bar, era lo mismo: de pronto aparecía un tipo dando chillidos para referir cosas de una banalidad prescindible que provocaban un gesto de irritación – cerraba los ojos torciendo un poco los labios apretados de ira - en Don Tirante, que a su hijo, con el tiempo, ya le parecía hasta gracioso.

Gracioso como aquella vez en que su padre, al levantar un tablón de madera carcomida entre los altos y resecos hierbajos de un solar de su propiedad, se topo de narices con el hedor insoportable de un gato muerto. Su expresión sincera – “¡qué pestazo!” pasando por delante de él – la boca embozada tras la mano - en franca huida, sin cuidarse de los espinosos jaramagos crepitando bajo sus zapatos – “¡Los muertos del gato...!”

Así era su padre: alguien que daba mucha importancia al hedor de un gato muerto. Pero entonces Zorton asociaba esta reacción natural de su padre con lo mucho que les gusta a los niños pequeños tocar las mierdas de perro en los jardines. Ahí estaba el punto de la sensatez que él no poseía. En efecto, ¡qué puede ser más interesante que una mierda!. Hasta los médicos... ¡es lo primero que te piden para saber de dónde procede el mal que te aqueja!, pensaba, convencido.

Y su padre, además, tenía un inmenso amor por la utilidad de las herramientas. Pero Zorton, que no había heredado dicho amor, resolvió un día colocar las herramientas de su padre cerca de su cama, en su dormitorio, para que su progenitor se sintiera orgulloso de su hijo. Así, cuando su padre tenía que reparar algo en casa, para evitar el enfado que le producía no encontrarlas, a punto y en seguida, Zorton acudía a su cuarto, a la mesita de noche, y las encontraba ordenadas y distribuidas en los dos cajoncitos de la mesita, como le había enseñado a hacerlo su papá.. Esta

solución para satisfacer a su padre, le divertía sobremanera a su primo Sargas, muchacho rudo, de sencilla pero eficaz capacidad pragmática, que no encontraba más sentido que la diversión en las originales extravagancias de su primo.

Zorton le había dicho un día a Sargas, su primo, - a propósito de la importancia que le daba el padre de aquel a tener ordenadas las herramientas -, que a tipos como su padre les debía de encantar la idea de disponer de una magnífica caja de herramientas (como la que describe el señor King para hablar sobre un oficio que para él requiere leer... ¡setenta libros al año!...) para jugar en su casa, de madrugada, a escondidas, a: uno, comprobar que la cinta métrica funciona correctamente; dos, acariciar con un orgullo casi carnal las bolsitas de espiches, las bien dispuestas brocas, las piezas minúsculas e imprescindibles del destornillador desmontable, la firmeza impecable de las llaves fijas siempre serviciales, todo ello, en fin, con una satisfacción pueril, colmada de seguridad en sí mismo, en su eficaz hombría dedicada con ardor a hacer del mundo una necesidad de herramientas bien ordenadas y a punto. Luego, dicho hombre, se metería en la cama, con un pijama soso tipo camisa, con rayas de un verde desteñido, comprobando una vez más que la ropa del día siguiente estaba bien colgada en el perchero. Así era un poco su padre, aunque Zorton, como hijo, le tenía un amor sin reservas.

Decíamos que estaba Zorton con su padre cerca de la obra que como constructor y promotor de viviendas dirigía, cuando se acercó el encargado de dicha obra con inconfundible preocupación en el rostro. Era un tipo moreno de unos cincuenta años, hundido en una incomprensible extrañeza en su fisonomía facial. Explicaba desde una lejanía primitiva un asunto práctico con resuelta desenvoltura que podía confundirse con un dialecto aborigen de extraordinaria fluidez. Tirante cerró los ojos con toda la calma que puede mostrar un hombre que escucha de pronto una terrible condena. Guardó silencio. Zorton notó cómo pesaba el silencio en ese instante. Su padre reproducía a la perfección situaciones propias de los duelos a muerte del lejano oeste. El encargado tragó saliva, pero por algún motivo el sudor no terminaba de romper sobre su frente. Zorton veía a un pobre padre de familia que trataba de explicar algo normal que sólo su padre podía ver como una segura falta de responsabilidad, y no cabía duda de que Zorton le daría del todo la razón a su progenitor porque éste acertaba siempre en sus pronósticos como si hubiera cursado una carrera de investigador del mundo. Sí, estaba doctorado en la ciencia del mundo donde todos y cada uno tratan de metértela doblada, sin temor a la cárcel ni respeto por tus años; y los bancos, en especial, estaban a la cabeza del pillaje que atormentaba tanto al padre de Zorton.

- ¿Dónde estaba la goma? – dijo de pronto Tirante, como con un látigo en la voz.
- Nosotros no la hemos puesto... - trataba de excusarse el hombre.
- ¿Dónde estaba, he dicho?. Usted es el responsable de la goma.
- Claro... Yo soy el responsable, pero...
- Pues si es usted el responsable, no me venga con que no sabe dónde estaba la goma. La goma estaba donde tenía que estar... ¿O es que usted no sabía dónde estaba la goma?
- Yo sí lo sabía, pero... - trataba el hombre de recuperarse; ya casi le salía una voz más pausada e inteligible.
- A ver, que venga para acá Listro. ¡A ver si él sabe dónde estaba la goma, hombre!.
- ¡Listro no sabe nada de nada, don Tirante! – respondió el hombre como enfurruñado.
- ¡Ah, que Listro no sabe nada, no!. Pues mejor, así no pasará nada por que venga Listro... ¿O me va a decir usted a mí ahora si puedo yo o no llamar a Listro?

El hombre se sacudió los pantalones con violento desdén provocando una densa nubecilla de polvo que hizo por un momento que don Tirante tosiera.

- ¡Pues no va ser que el Listro este va a meterse hasta en la sopa, hombre..! Pero si a ti no te corresponde, hijo, ¡no te metas, joder! ¡no te metas! – Y así, profiriendo imprecaciones a los cuatro vientos, el encargado dio media vuelta y se encaminó hacia el solar en busca de Listro.

Esta era, por ejemplo, una de esas incontables ocasiones en que Zorton, que había presumido que el encargado era un pobre hombre abatido, incomprendido y maltratado por su padre, tenía que reconocer con confusa incredulidad que su padre tenía motivos más que suficientes para tratar así a ese hombre. En tal sentido, Tirante, una vez que se había alejado el encargado, empezó a despotricar en arameo de su deslealtad e incompetencia.

- ¡Hay que ver...! ¡Vaya tela!.. ¡Yo no sé cómo se puede ir así por el mundo, con esa envidia cochina!

Zorton nunca interrumpía a su padre en ocasiones como la que se había presentado. Sabía que le enfadaba aún más explicar lo que había ocurrido a alguien, como su hijo, que precisamente no las cogía al vuelo. En realidad, lo que a Zorton le ocurría es que no quería que su padre descubriese lo

torpe que era, y tal temor – como en el cuento de Poe – lo delataba y atraía hacia el la reprensión desinteresada de su padre como imán.

Por fin llegaron los hombres, muy serios, sin decir palabra; aunque en la expresión de Listro, más joven que el encargado, se adivinaba un indicio de triunfo prematuro. Listro, además, hundía la cabeza en dirección al suelo, en actitud perruna, como solazándose con la idea de recibir un hueso de la mano de su amo. En algún momento, Zorton creyó que el hombre mantenía la mirada en el suelo, porque temía encontrarse con unos ojos lo bastante audaces para descubrir su incontenible felicidad traidora. Estaba seguro de que si le sostenía un poco la mirada, el tipo se echaría a reír de incontenible júbilo.

- ¡A ver si le puede decir usted al encargado dónde estaba la goma, hombre! – dijo el padre de Zorton a Listro con precisa impaciencia.
- La puse yo ayer en la arqueta de la caseta, y hace un momento, por lo menos, cuando fui a buscar el grupo, ahí seguía... Yo ya se lo había dicho a Belloto: “¡Belloto: que la goma está la arqueta, que no te hagas pajas mentales, que me lo mandado el jefe, y cuando el jefe lo manda, no hay más que apretar el culo, y no respire, Belloto!”
- ¡Tú a mí no me dijiste eso...! – protestó con sequedad bucal por la desesperación, Belloto. – Tú dijiste: ¡Belloto, ahí he dejado la goma en la caseta, como me han dicho! A lo que yo te contesté, - acuérdate, Listro – que eso a ti no te lo había podido decir nadie, porque ese no es el sitio de la goma... La goma tiene que estar en el cuarto de las terrajas, que es donde ha estado siempre la goma, porque yo me acuerdo que una vez, Don Tirante, dijo que ése era su sitio... ¿Verdad o no, Listro? ¡Mira Listro, que yo soy un hombre que se viste por los pies!...
- Pero yo te dije que no, Belloto... Que me lo había dicho el jefe... - repuso Listro, propiciando con ello la intervención de Don Tirante. Pero Belloto, que lo vio, tomó la iniciativa:
- ¡Usted dice que lo se lo ha mandado a este hombre, – le dijo a Don Tirante refiriéndose a Listro – pues tiene usted que comprender (porque usted es un hombre listo) – que a este hombre no le corresponde colocar la goma, porque este hombre no es el encargado... De ahí que yo, no queriendo desobedecerle a usted, ojo, no lo encontrara justo... ¡Es que a este hombre, don Tirante, al Listro, no le tocaba eso, por Dios... Por algo es oficial y yo encargado, digo yo.

Entonces rompió su expectante silencio don Tirante, iniciando con firmeza helada lo que ya tenía muy claro que debía decir, no ahora, sino desde que

tenía once años, cuando tuvo que ponerse a trabajar para ayudar en su casa a sus padres; historia verídica que marcó el carácter de extrema responsabilidad de don Tirante y que relataba a su hijo una y otra vez como si fuera la primera.

- Entonces, ¿sabía usted o no sabía dónde estaba la goma!. ¡Pues entonces ¿por qué me engaña?. Esto que ha pasado – ¡déjeme terminar, por favor! – le ha pasado a usted porque no sabe dónde carajo tiene la cabeza, ni donde está nada de lo que tiene que saber que debe estar, de acuerdo... ¡Pues no me tire usted más de la lengua porque no quiero soltar aquí, delante de mi hijo lo que quería usted hacer con la goma....
- ¡Que me está acusando...! – se defendió el hombre mostrando toda su desvergüenza descompuesta. - ¡Para que voy a querer yo una goma, hombre de Dios...!... Usted se ha confundido, amigo; pero esto no va a quedar así, por mis hijos...

El tipo estaba fuera de sí, motivo por el cual sin contenerse, empezó a buscar a su alrededor algo para dar salida a un repentino acceso de enajenación violenta. Había un cubo allí, en un portal, lleno de agua, que estaba usando un operario limpia-cristales, y el encargado lo agarró entre dos dedos que oprimían como tenazas. En ese instante, pasaba por la calzada un vehículo, que se detuvo allí mismo en el semáforo en rojo de la esquina. Todo ocurrió con rapidez brutal: el cubo de agua se precipitó sin derramar gota con la dura base plástico rojo sobre la cabeza de una persona que iba en el interior del coche con la ventanilla bajada en el lado del conductor. El golpe sonó con una impecable maestría seca, provocando en el cuello del afectado – era un hombre, por cierto, con un bigote de espesa negrura tartárica – un viraje dislocado acompañado de una lamentable bizquera de pollo de pelea recién separado de un pelea a muerte. Después cayó toda el agua derramándose, como sin importancia tras el rotundo golpe, por el borde inclinado de la acera, ante la expresión estupefacta de don Tirante, Zorton y Listro, el pelota.

En seguida, el causante del golpe, abrió con urgencia la puerta del vehículo y sacó al accidentado al exterior, tratando de mantenerlo en pie sin éxito, por lo que, ante la pasividad de su padre y Listro, el pelota, Zorton se tiró a ayudarlo y poco a poco, trataron de mantener la cara en firme, golpeándole las mejillas para ver si volvía en sí.

A esto ya había salido el conductor del vehículo del coche, pero con tan mala fortuna que el semáforo se puso en verde y pasó un niño en un ciclomotor provocándole una levantadita al hombre, que si bien parecía

ágil, tardó en levantarse cinco metros más allá perdiendo un zapato que se llevó un terrier que paseaba una señora que paseaba con dulzura abstraída.

- ¡Don Plastencio! ¿Está usted bien?. ¡Pero qué ha hecho usted, Zorton! – dijo el inspector Pómez. ¡Así que ya ha comenzado a seguir los pasos de su amigo Navete!
- ¿Inspector?. – contestó Zorton con amarga pesadumbre. - ¡Esto es el colmo de la mala suerte! Zorton se apartó dejando que el inspector atendiese a Don Plastencio, que llevándose la mano a la zona dolorida de la cabeza, parecía recobrar la conciencia.
- ¡Apártense!. ¡Déjenme! ¡Atrás! – dijo el catedrático poniéndose en pie con un movimiento de película antigua cargada de dramatismo. Encorvado, con las manos crispadas, como si sostuviera un cofre imaginario, comenzó a proferir todo tipo de calificaciones despectivas al grupo de hombres desde el cual le habían administrado el porracito. - ¡Esto es un ultraje, una falta de respeto imperdonable, una prueba indudable del desastre a que personas como ustedes, - canalla infame, rebaño de haraganes y zanganos mangantes -, está conduciendo a este país a la deshonra universal..!

Don Tirante no abría la boca. Tenía los ojos enrojecidos por la rabia clavados en el encargado de obra, que con ambas manos en cada mejilla mostraba una mirada de extrema desolación. Se había puesto de pie y dado un par de pasos hacia atrás cuando de pronto dio un salto propinándole una patada digna del señor Norris al perverso y sonriente Listro, que registró todo el impacto con absoluta entrega en la caída al firme ante los pies del mismo don Plastencio; que, a su vez, con una mirada perturbada y una sonrisa alucinada comenzó a tirarle de los pelos a Listro el pelota, que emitía gemidos y se retorció por el suelo con inequívoca falsedad teatral.

Todo esto ya era demasiado para Zorton. Las lágrimas le corrieron por el rostro, impasible, enajenado; todo su ser desprendía la noticia de lo ocurrido con un insuperable testimonio físico de derrota.

Entonces Belloto, el encargado, salió corriendo y todos vieron cómo caía del bolsillo posterior de su pantalón marrón de pana una cartera amarrada con una goma negra elástica.

- Mira dónde estaba la goma – le dijo en voz baja don Tirante a su hijo.
- ¿Qué es todo eso de la goma, Zorton?. Lamento esta desagradable casualidad, pero va a tener mucho que contarme muchacho... - Dijo el inspector, mientras hacía una llamada pidiendo refuerzos al

departamento de policía. A su lado, Listro, miraba con insistencia a Don Tirante con una expresión de despreciable súplica. En cuanto a Don Plastencio, estaba realizando la llamada de rigor a su mujer para comunicarle lo sucedido, con un aire enérgico de cuando en cuando interrumpido por un ademán por lo inconcebible y extraño que le parecía el suceso. Ya se oían las sirenas de la ambulancia y la policía acercándose al lugar sembrando un gran alboroto en la gente de la calle, cuando Don Tirante, previo carraspeo para llamar la atención del comisario, empezó a hablar en un tono tan sereno y desajustado a la gravedad de la situación que su hijo, al que aún le quedaba un mísero sentido del humor en algún lugar de su desastrosa existencia, imaginó que Pómez debía de tener intensos deseos, entonces, de decirle a su padre: *“ahora no hay tiempo para sacar las almohadas, abuelo; póngase en la fila y reciba con todo el honor que inspira su arrogancia una tanda bien repleta de azotes de esta bien pertrechada cohorte policial...”* Pero su padre, por supuesto, aunque pudiera oír sus pensamientos, no llegaría a comprender la necesidad de estos absurdos pensamientos que su hijo elaboraba para no caer en la locura.

- Todo esto ha ocurrido por la goma. – dijo. El inspector guardó silencio a la escucha. Veo que usted es policía y espero que me diga de qué conoce a mi hijo... De cualquier modo, esto ha ocurrido por causa de la goma.
- Perdóneme, caballero – dijo el inspector, que hacía tiempo que había perdido la paciencia - ¡me puede decir de una vez qué es eso de la goma! ¡Se refiere usted a esta goma! – dijo el inspector mostrándole la goma negra que había recogido de la calzada.
- La goma, esta goma, (permítame, por favor), – le contestó don tirante tomando la goma de la mano del inspector sin perder la calma, con una actitud tan desentonada de la gravedad de la situación que era imposible estar oyendo lo que decía sin pensar que en el fondo todo aquello le parecía gracioso y por supuesto que no suponía para él ninguna preocupación. Entornó los ojos tratando de afinar en lo que parecía ser toda una confidencia sin conseguir que no cupiera duda alguna acerca de su naturaleza anecdótica y distendida. – Es un incentivo – dijo, como si saboreara alimento de su presuntuosa sagacidad.
- Un incentivo, sí; pero ¿de qué?. ¿De galletas con mermelada de arándanos? – resopló Pómez.

Entonces Don Tirante, como si estuviera de previo preparado, se puso a disparar palabras como el señor del telediario, con tanta seriedad y acierto que Zorton volvió se imaginó al inspector y al catedrático comiendo palomitas en el cine sonriendo enfáticamente por poder escuchar hablar a su padre:

- Los albañiles necesitan un estímulo. Yo les pico con cabezas de gallina garrapiñadas, que ellos mismos guardan en una caja de cartón sujeta con la goma. Cuantos más metros de enfoscado, más cabezas de gallina garrapiñadas bañadas con chocolate para el ganador... Aparentemente es sólo un juego, pero, como todo en la vida, sirve para más cosas, como por ejemplo, crear un ambiente sano en la cuadrilla... hasta que un tontajo como Belloto.
- ¡Dios, ten piedad! – imploró el inspector Pómez con expresión cansada.
- Me parece un sistema absolutamente demencial, señor mío – repuso de pronto Don Plastencio arropado de nuevo en su pomposo aire de dignidad salomónica. – De verdad que hoy me estoy llevando, por parte de ustedes, la decepción más grande de mi dilatada experiencia profesional y humana. Ahora bien – dijo en alusión al inspector – me parece que además, este incidente molestísimo guarda relación con el autor infame de la salvajada del otro día...
- De eso, no se preocupe, don Plastancio, que ya le explicaré yo luego... - esquivó el inspector temiendo que Don Plastencio comenzara otra vez con sus aprensiones acerca de una posible venganza por parte de Navete hacia su persona.
- A mí – dijo ahora el joven pelota llamado Listro – me parece un buen estímulo concursar por las cabecitas de gallina garrapiñadas... Tendría usted que probarlas, abuelo – dijo aludiendo al cabeceante y enojado catedrático.
- No necesito yo tanto, joven, de esas groseras viandas con que os premia este señor, - como si fuerais los mismos perros de Paulov -, que tú de educación y buenos modales para dirigirte a mí de otra jaez...
- De Jaén, no; de Puertollano, que no se entera usted..., que está sordeta. – repuso Listro con repugnante desparpajo.
- Vamos a tener que ir todos a la comisaría – interrumpió el inspector Pómez, dando instrucciones a los agentes uniformados que en ese momento llegaban. Retiraron también a Don Plastencio en camilla hacia la ambulancia. El gentío era inmenso. De igual manera, Zorton y Don Tirante, su padre, no se resistieron a subir al celular delante de los expectantes curiosos.

Capítulo sexto: un paseo con Navete. Visita al mercado ambulante.

Por fin todo terminó en la comisaría de policía. Más de lo de siempre, sazonado esta vez con la novedad de la presencia del padre de Zorton a causa del incidente fortuito del cubazo de Belloto a Don Plastencio. Don Tirante estaba al día desde hacía años de todo lo que le venía ocurriendo a Zorton y a Navete desde que eran amigos. Le había recomendado que siguiera con su vida, ilusionado, tratando de ser feliz, sin cuidarse de lo que hiciera Navete con su vida, ya que él, Zorton, tenía que estar tranquilo porque no había hecho nada malo; y eso, justamente, era lo que tenía que seguir haciendo, apartándose poco a poco, sin prisa pero sin pausa, de su amigo, que tenía, sin remedio, una personalidad conflictiva. Zorton valoraba estos sabios consejos y se sentía seguro de advertir que pocas cosas podían sorprender a su padre, y que en cualquier caso, lo más importante, es que el mundo era plural, peligroso, aburrido o apasionante, pero de cualquier forma seguía avanzando como si necesitara incluso de los propios problemas que Zorton veía como tragedias insuperables.

Con este ánimo sereno, y rechazando con amabilidad una invitación a tomar una copa por parte de su padre, Zorton se internó en la llana y abierta soledad de las calles silenciosas repletas de sol primaveral. Se oía de cuando en cuando la protesta familiar y amable de alguna cacerola sobre un fondo casi imperceptible de niños alborotando en la mesa; el ladrido de un perro ascendiendo con el vapor de los pucheros a la banca pureza de unas pocas nubes; la despreocupada voladura de ramilletes de ropa removiéndose en los altos tenderetes; se oía, incluso, el aliento de las alas del palomo buchón atravesando los tejados.

Retorciéndose con las calles cual si lo empujaran hacia la historia atrapada en las paredes antiquísimas, Zorton llegó al portal de la paciente iglesia, arrugada y dorada en un ocre gastado por la mano del tiempo. Zorton quería abandonarse a la grave melodía gutural que en forma de salmo religioso parecía salir del interior de la iglesia, cuando de pronto, apareció Navete, tras un de esquinado recodo, en el momento en que Zorton iba a tomar la orilla este del solemne templo.

Estaba demasiado serio para no levantar las acostumbradas sospechas en su amigo que, sin embargo, no parecía nada sorprendido de su imprevista aparición. Lo que si le llamo la atención es que llevara entre los brazos un rechoncho cachorro de pachón con semblante arrugado y adormilado. Su mano derecha, crispada y atravesada de una gruesa vena que, - de puro henchida y en relieve - producía un poco de tirria a Zorton cuando la

miraba, sujetaba los flácidos pliegues del belfo de la cánida criatura. Navete hizo entonces un tic nervioso con expresión de desprecio, alzando la parte izquierda de su labio superior. Zorton se echó a reír, más que nada por la inocente convicción de su amigo de que siempre, pasara lo que pasara, podría arrancarle unas risas. Lo cierto era que no le venía nada mal reírse, sopesó en una ráfaga interior de su perturbado caletre.

- ¿Te gustaría refugiarte aquí entro para darte unos buenos latigazos – Navete emitió un chasquito reproduciendo a la perfección su personal manera de entender el sonido de un látigo. Las risas de Zorton dieron paso a violentas convulsiones de carcajadas causadas por la divertida ocurrencia.
- Y a ti, ya que te está buscado la bofia, te vendría fenomenal enseñarle esas cachitas al párroco levantándote un poco el hábito de estameña y corriendo como un mancebo dislocado por los pasillos de la sacristía, ¡yuuuu, juuu.!.; para que te dé calor y protección en su cama... - le dijo Zorton acompañándolo todo de graciosos movimientos descriptivos, comprobando que a su amigo también le hacía falta reírse, a juzgar por su acceso triunfante de sonora hilaridad.
- Hoy has tenido un mal día – dijo Navete en un tono más serio tras la risotada - ¡pero tengo una sorpresa para ti!
- Escucha, Navete: te están buscando y van a dar contigo. Hay un tipo, Don Plastencio se llama, que te ha denunciado por lo que hiciste el otro día... - el rostro de Zorton, de pronto, pareció encajar un duro golpe – Ni yo mismo, que estoy tan acostumbrado a tus excesos subversivos, te reconocí en lo que hiciste el otro día... Escucha: ¿qué le has hecho a ese hombre que te llevaste?
- Era un soplón – contestó Navete adoptando una mesurada seriedad – óyeme bien, Zorti: el tiempo ha pasado y las cosas para ti parecen otra cosa distinta... Pero, te juro, que sería incapaz de hacer daño a ese tipo... Incluso, a ese otro que trató de prenderme y le apliqué el tobarro de la minicross, aunque te digan lo contrario, no le hice el menor daño... Me conoces bien, Zorti. Confía en mí. No quiero causar daño a nadie; te lo he jurado. Sólo quiero vivir a mi manera...
- ¡Así no vas a ningún sitio, amigo!. Tienes mucho talento pero temo que te maten un día o que tú mates a otra persona... - repuso Zorton con un creciente convencimiento de lo que decía.
- Ya sabes – contestó Navete – que no se me dan bien las palabras. Ven hoy conmigo. Quiero enseñarte algo que – te lo prometo – te gustará de vera y no olvidarás fácilmente.
- Es una locura, Navete.

- Tal vez, pero es real, y tiene que ver con nuestra amistad. ¡Eh, vamos – le animó acercándole a la cara el carnoso y hundido rostro del cachorro para que le lamiera, como así hizo. El pachoncete movió tímidamente el rabito y emitió un placentero gruñido de pesada tranquilidad.
- No es posible, no... – dijo, como cediendo con enfurruñamiento infantil.

Entonces Navete emitió un silbido a modo de señal y se oyó el potente rugido de un motor de gasolina. Un deportivo rojo de capota negra avanzó hacia ellos como un animal insólito de ojos permanentes. Alguien bajó la ventanilla desde el lado del conductor y apareció una cabellera rubia de mujer enmarcando un rostro impassible provisto de gafas oscuras. Navete miró a Zorton, (que ya lo estaba mirando con una expresión entre alegre e interrogante) y, reproduciendo su acostumbrado gesto despectivo con el labio superior, arrugó también la nariz golpeándose varias veces con el índice el lateral de la fosa nasal derecha. El gesto indicaba algo así como: “el algodón no engaña”, del célebre anuncio televisivo del mayordomo que pasaba un algodón por muebles y paredes.

- ¿Teresa? – preguntó Zorton, maravillado.
- ¡Vaya! ¡Así que me has reconocido a pesar de la peluca...! – dijo la mujer deslizando las gafas para mostrar unos ojos de sereno esplendor dorado.
- Pero, ¿cómo te dejas hacer esto, muchacha? – preguntó Zorton notando cómo en su interior se descorrían pesadas cortinas de pesimismo dando paso a una alegría caprichosa.
- No tenemos tiempo para andarnos con merengues – interrumpió Navete con impassible firmeza, pero agregando enseguida con simpática burla: - Esto es un trabajo de *cagones de sierra* – se refería a una vieja expresión de Zorton para referirse a tipos que enfundaban culos gordos en pantalones prietos de marca desconocida, que, ignorantes e indiferentes del cante que daban, querían ser lo primeros en todo sin perder en nada; ahorrando lo máximo, gastando lo mínimo y limpiándose el culo si era preciso con una piedra en mitad del monte con tal de decir “¡eh, que aquí estoy yo”.
- ¿Qué es eso de los “cagones de sierra”, chicos?. ¡Jolín, nunca me explicas vuestras bromas, Navete! – dijo Teresa con malhumorada coquetería.
- Con el tiempo lo sabrás, nena; ahora, a pirarse de aquí, no sea que, por invitarnos a pasar a la sacristía, se arroje el cura por la ventana de la iglesia con una soga al cuello y un cartel bajo un rostro de sonrisa macabra que diga: *¡Ey, he tardado mucho en abrir la puerta?*- dijo

el temible burlón reproduciendo de broma hasta el balanceo del cuerpo del cura pendiendo de la imaginada soga. Zorton estalló a reír comprendiendo que lo que a él le ocurría con el humor de su amigo – y también al contrario, a su amigo con él – era una especie de droga cuya adicción era imposible de superar.

- Es una pena que un bombón como tú dé con sus huesos en la cárcel por un pirado como éste... - dijo Zorton, recuperándose del ataque repentino de hilaridad.
- Lo que es una pena, Zorton, es no haberos conocido antes... - dijo la chica con seductor parpadeo no exento de admirable sentido del humor.
- ¡Vamos, ya! – dijo en tono concluyente, Navete - ... o se nos hará tarde. –

Los hombres subieron al coche; Navete al lado de Teresa, con el cahorro de pachón, confirmando a los ojos de Zorton la seguridad que el mítico gamberrazo tenía en la pericia de su amante como conductora, sin olvidar, además, que ambos se habían conocido en un seminario de pruebas de vehículos en Sierra Morena, donde ella ejercía de monitora de rally.

Navete puso música en seguida. El coche, desde dentro, parecía el ojo rasgado de un leopardo proyectado sobre la estrecha calle en pendiente. Como en otro tiempo, sonó para los amigos un tema único de The Alan Parson Project, The Raven, inspirado en el misterioso poema de Allan Poe, al que Zorton admiraba sin reserva, así como Navete se pirraba por el ritmo majestuoso de la siniestra canción.

Navete tomó de la guantera una enorme manzana roja y mirando a Teresa y Zorton con ojos entornados simulando ebriedad, dio una mordida felina a la fruta que crujió mezclada con el sonido molón de la batería. Por su parte, Zorton, se deslizó por los delirantes prados de púrpura que se abrían ante su imaginación a través del ahumado cristal de la ventanilla del bólido. Sentía cómo se precipitaba al reino de la tolerancia de lo macabro donde el genio de Poe lo redimía de la marginación que sufría como artista. Se acordó de su antigua novia, con la que estuvo a punto de casarse, si no fuera porque los padres de ella la convencieran de que Zorton no podría ofrecerle ningún futuro sólido a ella para formar una familia. Recordaba el gesto de tranquilo rechazo del padre de la joven al referirse a la imposibilidad material de que al joven le publicaran un libro aduciendo que había demasiada gente que escribía bien para que le hicieran caso a él, que era un don nadie. Incluso, la mujer de su novia, un día en que Zorton le confesó que le gustaría que le hicieran un busto como el que había en la biblioteca de su eximio marido, le espetó, chafándole a Zorton la posible ilusión que

contuviera – que la contenía -su desinteresado comentario: *¡eso hay que ganárselo!*. Zorton hundió cuanto pudo ese puñal hiriente en su ánimo y comprendió qué reglas rigen de verdad en el mundo; y aunque le quedó tiempo para buscar consuelo en su propia novia, al referirle el incidente, cuando ésta le contestó: *tienes que reconocer que pecas de vanidoso al querer compararte con mi padre*, Zorton asimiló de golpe que no merecía la pena luchar por ser un artista cuando los que están cerca no le animan a serlo. Pero esa música que pronunciaba las proféticas palabras del cuervo: *thus quoth the raven, nevermore*, le devolvían con simpática grandeza a la lucha a la que se sentía llamado. Su mirada seguía el vuelo del cuervo posándose a la entrada de pintorescas aldeas pobladas de seres horribles y criaturas fantásticas que le daban la bienvenida a un viaje que incluía atravesar regiones absurdas sin temor a nada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE SEGUNDA PARTE

Capítulo primero: El restaurante Riovivo

Así que fueron deslizándose con el bólido por un mar de lomas temblorosas como las que forma una sábana en la cama cuando se cuele por debajo la brisa marina de la playa. Dejaron atrás la ciudad, su montón de sarro disolviéndose por una boca de aliento tibio de cloaca y perfume caro, y, tras el estímulo referido de la música sublime, descendieron en un poblacho en cuyas afueras se asentaba una multitud humana entre tiendas de artículos exóticos y tejidos de alegres colores. Era un mercado ambulante, un hormiguero condensado en un lugar boscoso bajo el cielo de una tarde, que a Zorton le olía, sin saber por qué, a amor.

- Sígueme, Zorti; quiero que veas algo... - dijo Navete, que seguía con el pachón adormilado entre sus venosas manazas, una vez se apearon del coche y Teresa, con brazos extendidos, jubilosa, aspiraba la idílica atmósfera que envolvía al mercado. Zorton le siguió de forma casi involuntaria, como poseído por una deliciosa alucinación.
- Pero, ¿de dónde demonios ha salido este lugar tan...? – Zorton balbuceaba. Navete, saludando aquí ya allá a gente que Zorton no había visto en su vida, le contestó:
- ¡Vaya, así que he puesto al poeta en jaque...! – besó a Teresa, que acariciaba como una niña ilusionada los profusos chorros multicolor de pañuelos estampados expuestos en los abigarrados tenderetes.

- No se me ocurre otro adjetivo que... ¡encantado! – respondió Zorton, absorto, mirando una espectacular multitud de jaulas de madera repletas de todo tipo de pajarillos.
- ¿Le gustaría comprar uno, señor – preguntó un niño de barbilla que parecía absorbida por un lavabo vaciándose de agua. – Aquí se paga por liberar...
- ¿Cómo es eso, muchacho? – pregunto a su vez, Zorton.

Entonces Navete dio una moneda al nervioso vendedor y éste, con unos ojos que volaban también de felicidad a la libertad, abrió una de las jaulas, de la cual salieron hasta cuarenta pajarillos como un puñado de polvos mágicos disparados por un cañón estallando en el cielo.

- ¿Qué es todo esto? – preguntó Zorton, ansioso.
- Los niños venden libertad... - contestó el gamberrazo animando a su amigo a seguirle.
- No es más que lo que quieres ver – volvió a decir con una sonrisa afrutada que hizo sentir a Zorton una intensa acidez algo desagradable en su propia boca.
- ¿Por qué pones esa cara de vinagreta? – preguntó Zorton.

Navete introdujo una de sus manazas en su propia boca y tanteó con el índice y el pulgar las últimas muelas de la mandíbula superior izquierda. Unas lágrimas brotaron de sus ojos por el esfuerzo, hasta que al fin logró sacar una llavecita dorada del interior. Sonriendo con una feliz expresión de alivio, se acercó a unos extraños estantes con forma de culo que estaban situados en un lateral de una de las tiendas junto a una vistosa colección de plumeros de pavo real. Introdujo la llavecita en la pequeña cerradura del culo frontal de color rosa pálido. Las puertas se abrieron y Navete sacó del interior una bola del tamaño de una pelota de tenis de listas blancas, amarillas y azules. Con la pelota en las manos (ya había dejado antes el cachorro de pachón al cuidado de Teresa), se acercó, jugando a pasarla de una mano a otra, a Zorton, y volviéndolo del hombro al lado sur del bosque, le dijo:

- Si crees que lo que ocurre aquí es demasiado raro, supongo que no te extrañará que te diga que aquel tipo que se las pira por allí en bicicleta podría ser mi rehén, al que supuestamente acabo de liberar, y que para demostrártelo soy capaz de darle en todo el kembo desde aquí con esta bola de goma... ¡Di!; ¿qué es más fácil de creer?

Y antes de que Zorton pudiera contestarle, Navete lanzó la bola un poco adelantada a la marcha del ciclista, que estaba a no menos de cien metros desde el lugar de lanzamiento. La bola iba con mucha fuerza y todos en el mercado ambulante miraban suspensos el vertiginoso recorrido de la esfera, que iba reduciendo en el espacio la distancia con el colega de la bici formando un triángulo. El silencio se rompió de golpe, dando paso a un grito triunfal de la masa expectante, cuando la bola impactó en la sien al colega de la bici, que a punto de perder el control de la rabassa derbi de ruedas finas, dirigió una mirada desesperada al autor del lanzamiento, momento en que Zorton identificó, efectivamente, al tipo que secuestró Navete en la minicroos.

- ¡Es él, Navete...! – gritó Zorton, excitado.
- O tal vez te están engañando los sentidos... Devuélveme el cachorro, gatita. – le dijo a Teresa manoseándole groseramente el trasero, y como no se lo esperaba, se sintió incómoda por la inusitada rudeza de Navete. (A todo esto el tipo de la bici ya se había marchado).
- ¡Cuida tus modales, vaquero! – le dijo Teresa, propinándole un fuerte cachetón.

Pero Navete seguía sonriendo, confiado de que Teresa no hablaba en serio; así que, tomándola por la cintura, la lanzó por lo aires consiguiendo que la apurada joven perdiera en el vuelo la peluca rubia liberando al aire su cabello de lustroso azabache.

- ¡Eso es, nena!. ¡Déjanos ver tu pelo! – exclamó Navete, perdiendo el control de lo que hacía.
-
- ¡Animal! Protestó la joven con la cabeza llena de pinocha por la altura del lanzamiento. ¡No pienso irme, me oyes!. Te aseguro que esta no es la mejor manera de protegerme,. Estamos juntos en esto, de acuerdo...?
- ¡Mujeres! ¡Son capaces de todo por amor!. – dijo Navete en tono resignado abrazando a la sonriente Teresa.

A esto, Zorton, testigo del amor puro que sus jóvenes amigos se profesaban, empezó a caer de nuevo en otro de sus habituales derrumbamientos anímicos. Por extraño que parezca, de esta forma, estando triste, se encontraba como en casa, abrazando por lo menos algo seguro que cada día le esperaba para seguir soñando.

- ¡Eh, Zorti; tengo hambre amigo! – le dijo Navete percatándose de su muermo. ¡Vamos, venid; conozco un sitio muy cerca; aquí mismo!
- Tienes muchas cosas que explicarnos – contestó Zorton sin convencer a Navete de que fuera eso lo que le preocupaba.

De hecho, no había nada que le importase en ese instante, salvo quedarse así, callado, de un sitio a otro, sin esperar nada más de la vida, salvo la esencia misma de vivir sin ilusión, pasar el rato deprimido.

Torcieron por un camino situado al borde del mercado y descendieron por una suave pendiente esmaltada de florecillas silvestres hasta un arroyo, en cuya ribera, había una casa de madera, con un espacioso porche de estilo tejano y un letrero arriba en que podía leerse: *¡Bienvenidos a Ríovivo!*

Entraron en el restaurante y un tipo delgado con mandil que simulaba una piel de vaca lechera, les dio la bienvenida.

- Bienvenidos a Ríovivo, señores – dijo con meticulosa pronunciación algo pedante - ¿Les puedo sugerir nuestra mesa con vistas al molino: - es muy bonito- ?
- ¡A cuántas hostias está hoy el menú, Filete! – preguntó Navete con resuelta confianza al anfitrión.
- Seis hostias: garbanzos con espinacas. Es la oferta del mes, Navete. Aunque si me lo permite, le aconsejo el asado de venado: treinta hostias bien despachadas, de las que pican y abochornan...
- Vamos mejor con el menú, que hoy invito yo y, treinta por tres son... ¡noventa hostias es mucha vergüenza joder!, aunque yo no tenga ninguna – bromeó Navete.
- ¿De qué va esto, Navete? - preguntó Zorton recobrando tímidamente el interés por hablar con sus amigos. Por cierto, Teresa: ¿tú conocías la existencia de este sitio?
- Para nada – contestó Teresa, acomodándose en su silla – me limité a seguir las coordenadas que Navete tenía configuradas en el GPS.
- ¿Y qué me dices del numerito del bolazo y el rehén? ...¿Qué sabes?
- Lo mismo que tú, Zorton. Pero, por favor, no estés triste...
- ¡Es que no lo ves: no nos cuenta nada!

Entonces apareció un tipo alto y fornido con atuendo de cocinero mostrando unos enormes antebrazos cubiertos de espeso vello negro, que le daban la impronta de un pariente, cuando menos cercano, de oso pardo de montaña. Tenía además un bigote afrancesado que empitonaban bajo unos ojos de mirada apretada, con esa bruma machacada del metal de los martillos.

- ¿Quién paga? – preguntó con pesada rotundidad muy grave.
- Yo; aquí – señaló Navete alzando el brazo – Pero no me confundas con un panal de miel...
- Muy gracioso... ¿Garbanzos con espinacas? – preguntó resoplando por los insondables agujeros de la nariz que proferían un desordenado insulto de pelos.
- Garbanzos con espinacas... - repitió Navete, sentado y haciendo ejercicios de relajación con el cuello.
- Son dieciocho hostias. ¿Empezamos? –

Navete asintió y el cocinero comenzó a darle de hostias mientras el tipo larguirucho llamado Filete iba contando en voz alto las terremóticas galletas. Navete, a medida que las iba encajando, pugnaba por mantener el control de su habitual instinto agresivo, sonriendo como lo hacen los tipos duros torturados en las series de televisión de bajo presupuesto. Lo peor es que el gigante de balnco se iba esmerando cada vez más y las galletas sonaban tanto que hacían retumbar las paredes de la casa de madera, en la que de momento, como era temprano, a excepción de un tipo con los cachetes morados que devoraba con su mujer y tres hijos pequeños una ración de asado. Había que ver la expresión de orgullo de la mujer, como se desvanecía poco a poco en la grasa mantecosa del asado, dando paso a un semblante poseído por la gula. Los hijos estaban algo delgados pero harían todo lo posible desde aquel día porque mataran a su padre a hostias para comer más asado en el restaurante Ríovivo, donde – según un eslogan difundido por ondas secretas y remotas del escondido lugar – ... *el roñoso podrá alimentar gratis a su familia, aunque no salga vivo...*

Por fin Navete encajó las dieciocho hostias, no sin antes llamar a la tranquilidad a su enojados y furioso compañeros que le querían emprender a golpes con Birrete, que así se llamaba el que repartía la leña...

- Me he controlado bien, verdad Birrete? – dijo Navete recomponiéndose el peinado y situándose otra vez en su asiento de forma correcta.
- Así es, Navete; está bien ganado el condumio - dijo Filete mostrando ahora una sonrisa torpona e inocente de cachalote. – La vida es eso, verdad, dar y recibir...
- Es cierto. Ahora, dispénsanos, grandullón; que tengo que subirle la moral a mi amigo...
- Déjalo que invite al postre, Navete – agregó el gigante a modo de consejo, conteniendo su morbosos deseo de picar a Zorton para que accediera. Pero a Navete no debió de gustarle mucho la observación

de Birrete, porque realizó su conocido gesto despectivo de elevación del extremo derecho del labio superior con un inquietante temblor que indicó a Filete, el dueño del restaurante, que su cocinero estaba yendo demasiado lejos con quien no debía.

Por fin se quedaron solos y empezaron a comer sus garbanzos con espinacas con vino tinto de la región, haciéndose con el control definitivo de la conversación Zorton con sus preguntas a Navete sobre lo extraño de lo que les venía ocurriendo desde que llegaron al mercado ambulante. ¿Que por qué tenía guardada esa llave en la boca?. ¿Que cómo era posible que hubiese un armario con forma de culo, y que estuviese allí y que fuera de su propiedad? ¿Que como había preparado lo de la liberación del secuestrado; - pero antes, - que por qué lo había secuestrado...? Y por fin, ¿que quién era él, Navete mismo, en realidad?

Pero Navete le contestaba diciéndole que no había nada raro en lo que había pasado. Que hacía días que había puesto en libertad a ese hombre, y que no era seguro que fuera el mismo que iba en la bici; que él sólo quería gastar una broma con lo de la pelota de goma...

Total que Zorton comprendió al fin que su amigo no le diría jamás la verdad, que dejaría que él mismo se la imaginase, tratando con ello de hacerle comprender algo que Zorton, de momento, no alcanzaba a comprender. El caso es que, sin poderlo evitar, entre copa y copa, regresaron a episodios del pasado, y volvieron a reírse con ellos, acompañados por Teresa, que cada vez se sentía más atraída por Navete. Y la tarde fue cayendo...

Al salir del restaurante, la noche había posado su mano sombría en el campo; las tiendas respiraban a la cálida luz de farolillos de gas y la gente murmuraba en su interior bajo los toldos.

- Podrías pasar la noche con nosotros – dijo Navete – Conozco un sitio...
- Basta de sorpresas por hoy; además, mañana tengo que trabajar... - aclaró Zorton.
- Te quieres ir a casa a darle un poco al látigo, verdad pillín? – bromeó Navete.
- Creo que voy a descansar sin necesidad de usarlo esta noche – contestó Zorton tratando de seguir la broma sin que Teresa notara su desgana.
- Tal vez os gustaría estar solos, chicos... - probó Teresa.

- ¡Y dejar sola a un bombón como tú toda la noche...! ¡Tendría que estar loco! – dijo Zorton aludiendo a Navete.

En esto sintieron una sacudida procedente de unos matorrales cercanos. Un gato salió disparado del boscoso interior frente a ellos. Entonces apareció un chiquillo, sofocado, mirando a ver por dónde se había ido el gato. Por un segundo, se les quedó mirando y ellos señalaron la dirección que había tomado el asustado animal. El niño asintió con seriedad y sin perder un segundo se fue corriendo en busca del gato, al que ya había visto un poco más lejos, en mitad del camino, lamiéndose el lomo, como acostumbrado a que el niño lo persiguiera a menudo. En esto apareció una muchacha haciendo crujir la profusa hojarasca. Zorton la reconoció en seguida. Era la niña solar del bocata y la abuela en el parque Poe. Su corazón llegó al último renglón como una vieja máquina de escribir y un punzante tín, advirtiéndoselo, le retumbó en los oídos. La joven los miró manteniendo la expresión divertida que debía de provocarle perseguir al niño que perseguía al gato. Al mirar a Zorton frunció un instante el ceño, y como si recordara de pronto el incidente del parque, dio paso a una expresión de discreta ensoñación. Pero todo ocurrió en un instante; de forma que cuando la chica reanudó la carrera, parecía que no se había detenido si no fuera porque el corazón de Zorton ya la había fotografiado en la eternidad.

- Es ella, Navete – dijo Zorton sin voz.
- Ve a por ella, amigo – contestó al tiempo que explicaba a Teresa lo que sucedía.
- Tú sabías que ella estaba aquí... - dijo oyendo su propia voz como una estatua.
- Ella está aquí; eso es lo importante. ¡Mueve ficha, Zorti!.

Zorton trató de ir en dirección de la joven pero le fallaban los pies. Entonces Navete le dio un empujón que lo derribó al suelo y le arrojó varias monedas que había sacado de su bolsillo.

- Esto es lo que vale la cobardía, Zorti. – le pidió el cachorro pachón a Teresa y lo tuvo entre sus manazas acariciándolo.
- ¡Sabes muy bien que esto no se hace así...! – protestó Zorton levantándose en seguida del suelo, sacudiéndose el polvo de la ropa con vergüenza. - Y además, ¿quién era ese niño?... ¡Lo mismo hasta se ha casado!.
- ¡Mira! – interrumpió Teresa – ¡es el gato!. ¡Atrápalo, Zorti, y entrégaselo al niño; él te llevará hasta ella!.

Zorton fue en dirección al gato, que al verlo llegar tan decidido, se quedó agazapado, como esperando con domesticada sumisión a que el excitado hombre lo cogiera; pero entonces alguien se le adelantó. Era la propia chica, su amada.

- ¿Dónde está tu abuela? – preguntó Zorton admirado de su repentina frialdad.
- ¿Mi abuela?. ¡Aquella no era mi abuela!. Era mi madre.
- Bien ¿y el niño?.

La chica reía con los ojos. Navete y Teresa se habían marchado.

- Es mi nieto.
- ¿Cómo?
- Es broma. Me llamo Lira.
- Pero eres más bella que esa estrella. Yo soy Zorton. ¿Es cierto que eres abuela? – la chica comenzó a caminar y Zorton la siguió.
- Ya te he dicho que no. ¿Es tuyo este gato?. – preguntó cortando una ramita de un arbusto poniéndosela entre los dientes.
- ¡Ah! ¿Pero no es tuyo el gato?; ¿y el niño? – Zorton no quería meter la pata preguntándole a la chica si el numerito del niño y el gato no sería una maquinación de su amigo para – como otras veces – obligarle a salir de su timidez y soledad.
- Los gatos no tienen dueño. El niño no es mío. – dijo ella señalando la luna.
- ¿Por qué señalas a la luna? – preguntó Zorton creyendo que así ayudaba a la muchacha a propiciar una situación íntima que los dos andaban buscando –
- ¿Vienes mucho por aquí? – contestó Lira fijando los pulgares en los bolsillo posteriores de su pantalón rosa repleto de su cuerpo.
- Me recuerdas a alguien que tampoco responde a mis preguntas – respondió Zorton esquivando al gato que se cruzaba entre sus piernas. – Por cierto; acabo de caer en la cuenta de que dicho amigo me ha dejado tirado... -
- ¡Eso es lo que significa para ti! – gritó de pronto Lira como una furia enloquecida - ¡Te juro que no volverás a verme!. – y apartándose de Zorton, se internó con rapidez en la oscuridad del bosque.
- ¡Lo cierto es que, con ese carácter que tienes, tal vez sea mejor...! Pero, ¡si ni siquiera te conozco...! ¡Cómo puedes, sin conocerme, enfadarte así...! – entonces Zorton se dio cuenta de que Lira estaba enamorada de él desde aquel día en el parque, como era su caso.

Un ruido de maleza le hizo abrigar la esperanza de que tal vez sería ella que volvía. En su lugar, vislumbró una figura encorvada, que se ayudaba de un bastón, avanzando hacia él. El corazón se le puso a mil a Zorton. Una vez atravesada la oscuridad bajo los árboles, el rostro de la vieja apareció dibujando su nariz de berenjena a la luz de la luna. Como la otra vez, llevaba un bocata en la mano.

- ¡Qué susto, madre mía! – gritó Zorton, experimentado la desagradable sensación de que todo: el mercado ambulante, las tiendas, las gentes, el restaurante de las cachetadas, había desaparecido. La vieja se había apoderado de un presente en curso que a Zorton le parecía aterrador y angustiante.
- Nos volvemos a ver, jovencito. – dijo la vieja tomándole la mano derecha para exponerla a la débil luz de la luna – No te queda mucho.
- Soy creyente – contestó Zorton, que había imaginado muchas veces un encuentro fortuito con un vidente y no estaba dispuesto a dejarse amedrentar por caprichosas predicciones – Puede que a usted lo quede menos señora, si es que la gente muere de vieja... Si ambas condiciones se cumplen, usted, señora, con permiso, ¡se debería haber muerto ayer!
- ¡Qué tonto sois los hombres! A mi marido, en paz descanse, también le costó entender lo del bocata – dijo la vieja penetrando a Zorton con ojos como ascuas. ¿Que crees que hacíamos aquella noche en el parque, so borrico? –
- ¡No! Ella... ¿lo preparó? – contestó al extremo de la confusión y el cansancio. Antes de desmayarse vio cómo la vieja le daba un mordisco al bocata emitiendo un gruñido de asentimiento.

Capítulo tercero: “Espantanobles”, la guarida de Navete.

Zorton se despertó en una habitación oscura. Se puso de pie en seguida, desprendiéndose en el movimiento la manta que llevaba encima. Estaba confuso. Los recuerdos del mercado ambulante se colaban en su imaginación mezclándose con el incidente de su padre con el encargado de obra, y su padre alguna vez adaptaba la expresión de la vieja arrugada del bocata, y Lira, la niña solar, buscaba al perro pachón de Navete para que Teresa no se pudiera casar con Zorton sin comerse al gato que huía del niño en el bosque... En fin, comenzó a andar, tambaleándose, a tientas por la habitación, a medida que sus ojos se adaptaban a una brumosa penumbra que envolvía la sospechosa presencia de objetos concretos más o menos próximos.

Aturdido, percibió una débil luz a su izquierda que parecía provenir de una distancia lejana imprecisa. Se acercó a ella, arrastrado la confusión de imágenes y voces en su trastornada cabeza. Resopló con cansancio y, mareado, apoyado en el dintel de la estancia próxima en la cual le pareció ver un lecho extraordinario bajo un palio siniestro con vaporosos doseles que parecía tener respiración propia, vio dos figuras tendidas. Se acercó a ellas y casi le da un pasmo de muerte al ver a la vieja del bocata con los ojos abiertos mirando al infinito. Zorton creyó sufrir otro desvanecimiento, cuando reconoció a Teresa, que con manos enlazadas como preparan a los muertos estaba tendida a su lado. Tenía una expresión de sereno orgullo satisfecho. Había una linterna con el frente cubierto de cinta aislante colgada de un cáncamo en el cabecero de la suntuosa cama de estilo gótico.

Zorton estaba demasiado confuso y espantado para despertar a Teresa. ¿Dónde estaría Navete?. De pronto la vieja abrió su oscura y desdentada boca e inhaló con un espantoso gemido el misterioso aire que flotaba en la atmósfera del lecho. Zorton se echó hacia atrás y cayó de culo en el suelo notando que algo húmedo y viscoso que parecía dentro de un recipiente impregnaba su mano izquierda. Con el corazón en un puño tomó el envase y la luz de la linterna vio que era un yogurt de plátano abierto. Zorton sintió deseos de abofetear a la espantosa vieja y de refregarle el yogurt por su reseco semblante de tubérculo; pero se contuvo, como otras veces, suponiendo que eso traería peores consecuencias.

Se fue moviendo con cautela en dirección a un rumor que provenía de un objeto sombrío situado a unos tres metros de distancia con respecto al lecho. No le extrañó mucho que se tratara de un pasillo hueco y sin vida; de hecho, por un momento pensó que sería un buen lugar para que él mismo reposara de una vez de tanta locura; y sin poderlo evitar su imaginación le sugería situaciones en las que rogaba a Navete que le dejara tumbarse allí, en el gusano hueco de su guarida de gamberrazo insoportable, para probar a que algo tuviera sentido de una vez. Locuras así viajaban por su mente y sacaba de raíz su corazón, decepcionado de que no hubiera un horror superior al de su imparable tristeza.

Estaba pensando en la resistencia viril de un pecho como el suyo de hombre, bregado en caprichosas imprevisiones, lejos de su verdadera vocación de amar y hacer la guerra como la hicieron los memorables héroes griegos y troyanos en la Ilíada. El pecho de un hombre, *su anchura*, como escribió en su fenomenal *Mortal y Rosa el inmortal*

maestro de la prosa lírica; estaba pensando en estas cosas cuando la vio a ella, dentro de una habitación dorada, a la niña solar, de pie, volcando sobre su cuerpo apretado y macizo un cubo de agua caliente.

Los ojos de Zorton viajaron de golpe a la deliciosa incompreensión de aquellos delirantes accidentes de la carne. ¡Lira! ¡La madre que te parió!, susurró con voz interior atronadora en su jubiloso pecho el afortunado Zorton. Pensó en su muerte bajo aquella pesada medicina adaptada con hermética blandura en su esquinado furor de hombre. El perfil de Lira prescindía con desdén de la magia del vapor de agua; en contraste, era una nítida demostración del máximo prodigio y esplendor de la belleza.

En ese instante de entregada delectación visual, el ruido de una puerta a unos metros de distancia de su posición, llamó sin éxito alguno su total desinterés por lo que sería. Tampoco la voz de Navete pudo actuar como el férreo gancho de un martillo para arrancarlo de su divina contemplación. Sí pudo, sin embargo, - por la extrañeza que suponía oírlo en aquel lugar desconocido - la voz autoritaria expresando una queja, de Don Plastencio.

- ¡Cómo se atreve!. ¡Le exijo que ponga fin en seguida a este atropello a mi persona! - vociferaba con furia el severo catedrático.
- Cállese, don Plasta; vuelva a entrar y siéntese, por favor - dijo Navete con respetuosa serenidad. - ¡Ayudad a Don Plasta, muchachos! - Se oyó un forcejeo y un golpe como si hubieran arrojado a Don Plastencio sobre el suelo de la habitación. Zorton vio que dejaron la puerta quedó entornada, de suerte que una lámina vertical de luz le indicaba la posición de la habitación en el pasillo.

Zorton avanzó vacilando y apoyando su mano con cuidado de no hacer ruido, se puso a mirar por la rendija de la puerta. El profesor catedrático don Plastencio parecía más calmado cuando, con una expresión de asombro cauteloso, escuchaba lo que Navete, impecablemente vestido de traje blanco, le refería con una voz suave que parecía un susurro. A ambos lados de don Plastencio se erguían dos gorilas de traje oscuro con mondas cabezas relumbrantes.

- ¡Pero eso es intolerable, muchacho!. ¡No puedo sufrirle más! ¡Mire: estoy dispuesto a olvidar este desagradable incidente si me deja marcharme ahora mismo! - dijo don Plastencio, que efectivamente, estaba esperando su turno para contrarreplicar con energía.

- Eso es del todo imposible, don Plasta. – contestó Navete ladeando la cabeza mostrando sin embargo un gesto de expresión comprensiva.
- ¿Cómo imposible?. En su situación, tendría que considerarlo un milagro... Escúcheme, muchacho: dentro de poco tendrá aquí al inspector Pómez... Hizo usted bien, fijese lo que le digo; bien, liberando a Freston, antiguo colaborador, como usted sabe, del inspector... Por tanto, acójase de inmediato a este atenuante, por favor... Es muy probable que Freston le haya proporcionado datos indispensables para aproximar al inspector a este lugar... ¡Olvide, por favor, ese proyecto suyo que me trata de explicar acerca de una renovación de los valores éticos de la sociedad...!
- Cree que lo que le transmito no tiene base, verdad – dijo Navete con persuasiva impaciencia. Dando medio vuelta tomó de una estantería un libro voluminoso de encuadernación de un pardo desvaído.- Tenga, don Plasta; échele un vistazo... - agregó el gamberrazo con una resignación poco convincente.
- ¡Don Quijote!.- replicó el hombrecillo de mostacho de impecable negrura tocado de un fiero aire militar. - ¡Déjese de gaitas! – resopló, hinchando con ánimo valeroso el pecho. Vestía una chaqueta gris con pañuelo morado anudado al cuello, que a ratos le daba el aspecto de un mecenas veneciano con oscuros apetitos carnales.
- ¡Que lo lea, Plasta! – gritó como un cuchillo irreverente y descarado el gamberrazo mostrando de pronto un rostro de nauseabunda impertinencia. Navete le aplastó el libraco en la cara al catedrático y se lo refregó como un paño mientras las páginas crepitaban al doblarse en el espantado bigote de don Plastencio.

El hombre se arrojó al suelo como un actor viejo de película mala de detectives derramando un puñado de monedas en el mármol del piso.

- ¡No soporto a la gente a la que se le cae la calderilla! – atronó Navete. ¡Rebeco: rápido, trae le whiskey – le dijo a uno de los gorilas impassibles de brazos cruzados, y el fornido guardaespaldas le acercó una botella con el esmero de un monaguillo.
- ¡Bebe un poco, Plasti! – Navete tomó al catedrático por los cabellos y le obligó a echar un prolongado trago a la botella. - ¡Vamos, otra vez, Plasti! – dijo, con un lúbrico resplandor diabólico en el rostro enloquecido.
- ¡Detente, Navete! – dijo Zorton saliendo de su escondite.
- ¡Quién es éste!... – fingió Navete apuntando con el dedo a Zorton – Llévadlo a la torre... Tú no, Rebeco; deja que vaya Dinamon...

- ¡Aguarde un momento! – prorrumpió a voz en grito, Don Plastencio
– ¡Yo a usted le conozco: es Zorton, su amigo!

Los poros de la piel de Zorton se helaron por el hielo percibido en esas exactas palabras del catedrático. Una angustia paralizadora se adueñó al instante de su ánimo. En su rostro se afianzó una negrura rota; vagaba en los pedazos de una decepción de vidrio. No veía, ni podía articular palabra; pero podía sentir el alivio de su propio emparedamiento frente a la problemática del mundo. Con sumo cuidado, el disciplinado Dínamon, apresado en su traje a punto de estallar, poniendo su brazo por encima del hombro de Zorton, lo condujo fuera de la habitación. Navete trató de disimular su disgusto dando un trago a la botella.

- ¡Bien mirado...es lógico que su amigo triste...! – dijo don Plastencio probando si por vía sentimental podía ablandar a Navete para que lo dejara marcharse.

Navete echó otro trago y emitió un gemido de alivio saboreando el ardor del licor en su boca. Luego dio unos pasos en dirección a una mampara de color púrpura situada en un extremo de la habitación, que estaba casi vacía, a excepción de la estantería con los libros y la botella de whiskey. Navete desplazó la mampara dejando al descubierto una espaciosa sala en la que se extendía una larga mesa rodeada de numerosas sillas, además de una mesa de pim-pom, un billar, un futbolín y una pizarra en la pared del fondo. (Este era todo el mobiliario de aquel ambiente improvisado sin cuadros, cuyas ventanas mostraban aún los plásticos adhesivos del instalador).

- ¡Bájate los pantalones, Plasta! –ordenó Navete sin causar efecto en la firmeza resistente del ánimo del catedrático. - ¡Rebeco! – Se dirigió al gorila de boca semiabierta, que se puso delante de Don Plastencio sin conseguir apartar de su cara una expresión de pausada perplejidad.

Entonces don Plastencio comenzó a farfullar improprios con semblante tembloroso acompañado de nerviosos ademanes de las manos en el aire. No le quedó más remedio que bajarse los pantalones. Quedó el hombrecillo en calzones blancos con sus piernas de pollo de un blanco que no conocían ni los muertos. Unido a su furia, el cuadro de don Plastencio correspondía al de una bizarra prosapia de quijotes adaptada al cálculo superviviente de un prudente y acaudalado linaje de judíos.

- Póngase aquí, - dijo Navete señalando la mesa de pim-pom – y vaya practicando mientras llegan nuestros invitados.

Obligado una vez más por el gorila, don Plastencio accedió a colocarse junto a la mesa de pim-pom, en calzones blancos, con la paleta en una mano y en la otra la bola blanca que le había dado Rebeco.

- ¡Pruebe, Don Plasta; pruebe! – dijo Navete tomando asiento al frente de la mesa, de cara a la mampara.
- ¡Esto es un ultraje!. ¡Te has condenado a muerte, cretino! – estalló don Plastencio.
- ¡Ve; ya empezamos a tutearnos, Plasta!... ¿Un trago?
- ¡Vaya usted a la porra, perturbado desagradecido!
- Navete – dijo Dínamon, que acababa de entrar en la habitación, desde la mampara - ... ya están aquí.
- Gracias, Dínamon. – contestó Navete incorporándose – Espero que se te den bien las recepciones, Plasta – le dijo al catedrático guiñándole con infantil expresión burlona.
- ¡Tu madre! – contestó el catedrático.
- ¿Dónde?. ¡Ah, qué bromista es usted, Plasta!... Pero espere un poco, hombre; que ahora empieza de verdad la diversión.

Un grupo de hombres vestidos de chaqueta aparecieron junto a la mampara. Todos estaban en silencio, con una expresión grave y decidida en los rostros. Esbozando una tímida sonrisa, acompañada de movimientos de evidente rudeza campesina, fueron saludando a Navete, que abrazándolos con efusiva cordialidad, rompió el silencio con un tono familiar y distendido. En seguida, los hombres comenzaron a reír y bromear en un tono cada vez más alto, hasta que se percataron de la presencia del avergonzado hombrecillo de bigote sospechoso en calzones blancos, cuyo rostro había tomado un color rojo vivo paralizado.

Capítulo cuarto: Zorton y Lira

Zorton estaba sentado en una terraza del edificio frente a un cartel informativo que decía “Residencial Espantanoble, 15 Unifamiliares de lujo.15”, y su mente trastornada le decía que Navete había elegido un buen sitio para ocultarse.

Hundido sobre su derrotado desánimo, Zorton se preguntaba cuándo terminaría de una vez su vida. Para qué desear; cuando todo sale así de mal, para qué soñar con poseer algo propio... Su intento de ser escritor, como si fuera una dolencia orgánica, le pinchaba en las tripas como si tuviera un hambre anómala nunca satisfecha. Lo mejor sería no serlo nunca. Ni siquiera un hombre. Ya estaba demasiado vencido y sería poco estético levantar el puño a esas alturas de merina resignación existencial. Sí; lo mejor sería no causar incomodidad a nadie peleando por sus más íntimos deseos. Sí; lo mejor sería desaparecer para siempre. ¡Pobre Lira, que no se enteraba que él era un cobarde...!

Le rondaba la condena de una guerra cansada que había llegado a su fin. Pronto estaría más allá de la fila lejana de árboles de enfrente, zarandeándose con diversión entre las altas copas pobladas de ángeles verdes que sólo ven los que mueren. ¡Pobre Lira, que no podría quitarle ya el cangrejo de luto que tenía agazapado y cruzado en la garganta...!

Tenía tanto algodón en el ánimo que no se dio cuenta de que a su lado permanecía, con rostro inclinado y una dulce expresión intensa, Lira, la chica solar, envuelta en un albornoz beige Atacama. En cuanto la vio, Zorton sintió en su alma un deshoje repentino de tristezas y las palabras le subieron del corazón a la boca con una alegría incontenible.

- ¡Lira!. ¿Qué haces aquí? – las dudas ocupaban sin permiso su lugar en el discurso de Zorton. Sin aviso, después, un incómodo silencio, que Lira no evitaba tampoco, como si ambos estuvieran en distintas dimensiones compartiendo el espacio.
- ¡Yo que sé...! – repuso más bien en tono de queja involuntaria.
- Pero, ¿tú de qué conoces a Navete? – dijo, dando por seguro que no podía decirle que la vio en pelotas tomando el baño desde el pasillo.

Ella lo miró airada.

- ¡Quién no conoce a Navete!

Zorton estaba sorprendido de esa desconocida popularidad de su amigo. Pero le preocupaba más lo que podía haber de sincero en el desdén con que Lira le trataba.

- He visto a la señora que te perseguía con el bocata por el parque... - dijo Zorton tratando de mantener una comunicación imposible entre ambos – No sabía que se podía dormir con los ojos abiertos...
- Pues yo lo vi un día en una película... - dijo Lira aflojando con voz pueblerina y chabacana su dificultad expresiva.

- ¿Cómo se llama?
- ¿La película?.
- No; la señora vieja del parque...
- Tolinda; y no es tan vieja – ahora su voz recuperó el acento de perspicacia que mostró con Zorton hacía unas hora en el bosque junto al mercado.
- Tolinda estaba durmiendo tumbada en un extraño lecho que compartía con Teresa, la novia de Navete... ¿por qué?
- Está empezando a refrescar... – contestó la joven con ademán intencionadamente presuroso; pero, tras una breve negación con la cabeza, deliberó añadiendo: - Teresa estaba muy excitada... Tolinda le preparó unas yerbas para ayudarla a dormir...
- Está bien... - dijo Zorton probando ser cortés imaginando que no podía ser verdad que esa mujer esplendorosa estuviera allí, junto a él, desnuda bajo el albornoz. Eso unido a que se dio cuenta de que aquel lío en que ella estaba metida, de cualquier forma, lo incluía a él, y en consecuencia, tenía que involucrarse en el meollo, y el caso es que lo estaba haciendo sin esfuerzo. – Gracias, Lira. – añadió, sincero.

Lira parpadeó repetidas veces presa de la desesperación.

- Escucha: Navete te necesita. Hasta ahora te ha protegido... Tienes que pedirle que te cuente la verdad de lo que hace... Yo.., lo siento, Zorti; no puedo ser tuya hasta que te comprometas con nuestra causa – le dijo besándole en los labios para salir corriendo en dirección a la puerta de la terraza en la que montaba guardia otro gorila de Navete. Antes de desaparecer tras las cortinas de la gran puerta corredera, Lira volvió la cabeza en dirección a Zorton, ocultando su rostro en la palma de una mano en señal de dolor y pesadumbre.

Navete, a propósito de la formación intelectual de don Plastencio, había decidido en cuestión de horas poner al venerable catedrático al corriente de sus revolucionarios planes de gamberrazo. El grupo de hombres allí reunido suponía la revisión del plan en vigor de recuperar y mantener la libertad individual del gamberrazo típico, que sufría, a su modo de ver, una brutal represión injustificada por parte del gobierno. Lo que Navete perseguía era proponer el ejercicio de la gamberrada tradicional inocua como una manifestación artística inmemorial cuyos lejanos precedentes podían encontrarse en las novelas ejemplares de Cervantes, con Rinconete y Cortadillo y el reino de maleantes regido por la riquísima personalidad de Monipodio.

Don Plastencio, pese a estar en desacuerdo irreconciliable con lo que consideraba un disparate, sentía sin embargo melosas satisfacciones en su interior al imaginar que algo tan absurdo pudiera acabar con un gobierno que aborrecía, y de poder elegir, preferiría sin duda adscribirse a la disparatada revolución propuesta por Navete que permitir un día más que gobernara el presidente, al que consideraba un redomado cretino necesariamente dispensable en el país. De cualquier forma, nuestro catedrático se encontraba acharado entre aquellos hombres rudos que empezaban a tratarlo con una naturalidad simpática que le hacía sentir aún más ridículo.

- ¡Déjeme que me ponga los pantalones, Navete; y hablemos! – se decidió acaparando la atención del grupo.
- ¿Nos ayudará usted, señor catedrático? – preguntó un tipo rubio de pelo corto con un empeño de agradar e interesar que le hacía parecer, pese a su precipitado castellano, un emigrante del este de Europa.
- Pero ¿de qué manera? – negó don Plastencio al tiempo que se enfundaba sus holgados pantalones de pinza de color gris. – Mire: ustedes persiguen algo que suelen realizar gente como los antropólogos, a través de un trabajo de campo de las tribus urbanas de gamberrazos diseminadas, vaya usted a saber por dónde... O bien, se podría realizar una exposición en un museo con un ejemplar disecado, no sé... ¡pinchando una rueda!, que es algo relativamente inocuo... ¡Pero eso de la revolución y lo de enfrentarse a la autoridad para defender sus derechos de ser gamberros...! ¡Han llegado demasiado lejos!

En ese instante se oyeron a lo lejos varias sirenas de los coches de policía aproximándose por la avenida en dirección al parque donde estaba el “Residencial Espantanobles”.

- Lo que si debe valorar usted, amigo Plasta, - dijo Navete mirando al exterior por un resquicio del adhesivo que cubría el cristal de una ventana – es la eficacia de la policía para dar caza a un puñado de ignorantes que defienden sus derechos de gamberros. Si rescatamos al gamberro, querido Plasta, es para luchar contra la vulgaridad que nos imponen cuando asfixian nuestro derecho a respirar con libertad como gamberros. Y esto vale para todo artista. ¡Claro que usted no ve nada de esto posible...! Por tanto, ¡vuelva a bajarse los pantalones y salga a la terraza a recibir a Pómez!. ¡Rebeco!

Don Plastencio salió a la terraza, en calzones blancos de nuevo, agitando los brazos frente a los destellos azules de las sirenas policiales. Movía los brazos, sin embargo, con lentitud; y con la boca abierta, resollando por el

cansancio, daba la impresión de que pedía más bien que le dieran de comer un yogurcito. En la terraza de al lado, el gorila que custodiaba la entrada a la vivienda apostado en la puerta corredera, condujo a Zorton al interior y éste miraba desde las cortinas, acongojado, preguntándose qué demonios haría Navete para escapar de allí.

Pero nuestro gamberrazo lo tenía todo previsto. Accedieron al sótano de las viviendas detrás de Navete, que los condujo hasta una puerta con una señal de peligro por alta tensión eléctrica. Si perder tiempo, Navete sacó una llave de su muela y abrió la puerta que era en realidad la entrada de un túnel secreto, provisto de luces de seguridad, por el que avanzaron todos en fila, formando una nutrida hilera a la que ya se habían añadido Teresa, la vieja del bocata, Lira y el mismo Zorton. Poco a poco, el sonido de las sirenas iba desapareciendo. Tras unos quince minutos de camino, Navete, siempre al frente, empujó la compuerta de una salida camuflada con la vegetación del acantilado de la playa. Se oía el mar roncar y las rizadas y delgadas cortezas de espuma desde lo alto. Navete comenzó a descender, hablando con alguien a través de su teléfono móvil. Ya estaban en la playa, cerca de la orilla, cuando oyeron los motores de varias lanchas que se acercaban. Un hombre desde cada proa, lanzó un cabo y poco a poco fueron subiendo todas las personas a las tres lanchas fuera borda, que con un rumor de potencia impecable tomaron rumbo sur. No había luna y el cielo mostraba entre multitud de perlas estelares el ojo sangriento de Antares. Poco a poco vieron perfilarse la silueta encorvada de un magnífico yate fondeado a unos quinientos metros de su posición.

En Espantanobles, mientras tanto, todos los policías vieron cómo el inspector Pómez se marcaba una carrerita de aproximación al recinto con un taconeo de pasitos cortos insoportable. Con su pistolita en la mano, sacaba la cabeza media hora tarde en cada esquina que se ocultaba. Don Plastencio lo miraba desde la terraza mordiéndose la lengua dudando a ratos si el inspector no estaba demasiado mayor para dársele de detective de película barata. Allí, de pie, en calzones blancos, don Plastencio presenció la llegada de los primeros rayos del sol; miro hacia el mar y vio la silueta de una embarcación rumbo a Africa.

FIN